

LA REVOLUCIÓN DE LA CRUZ



Rodolfo Arnedo
Oswaldo Rebolleda

LA REVOLUCIÓN DE LA CRUZ



Rodolfo Arnedo
Oswaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

IA solo revisión ortográfica

Escrito y editado en **España y Argentina**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno: Osvaldo Rebolleda	
La gran lección de la Cruz.....	12
Capítulo dos: Rodolfo Arnedo	
La salvación la gracia y la Cruz.....	27
Capítulo tres: Rodolfo Arnedo	
La regeneración y la Cruz.....	50
Capítulo cuatro: Rodolfo Arnedo	
La santificación y la Cruz.....	62
Capítulo cinco: Rodolfo Arnedo	
La redención y la Cruz.....	76
Capítulo seis: Rodolfo Arnedo	
La sustitución y la Cruz.....	86

Capítulo siete: Rodolfo Arnedo	
La justificación y la Cruz	103
Capítulo ocho: Osvaldo Rebolleda	
El punto de partida	114
Capítulo nueve: Osvaldo Rebolleda	
Sin Cruz no hay Trono	127
Capítulo diez: Osvaldo Rebolleda	
La revolución de la Iglesia	143
Reconocimientos	158
Sobre los autores	161



INTRODUCCIÓN

Rodolfo Arnedo

No sé cómo llegó este libro a tus manos, pero mi anhelo y mi oración es que nos ocurra como le ocurrió a un joven que vivía en la búsqueda de Dios. Se llamaba Agustín de Hipona, y él llegó a esta conclusión: *“Mi alma no descansa hasta que no descansa en Dios”*. Dios nos ha dado un corazón que esté inquieto por buscarlo, conocerlo y entenderlo, hasta descansar en Él, y solo en Él, porque esta es la vida eterna:

“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”
Juan 17:3

En esa dirección, hemos determinado con el maestro Osvaldo Rebolleda escribir este nuevo libro, aportando una cuota más de conocimiento en el “Dios de toda gracia que se manifestó en la cruz”. Deseamos enfocarnos en este tema, considerando su gran importancia. Queremos escudriñar los detalles de la obra de Cristo y el amor del Padre en la determinación de sacrificar a Su propio Hijo en pos de una humanidad que históricamente lo ha rechazado.

Hoy no se habla tanto como se debería de todo lo ocurrido cuando Jesucristo fue crucificado, sobre todo, la gracia que se derramó cuando expiró sus últimas palabras:

“Consumado es”. Por tal motivo, deseamos exponer el maravilloso poder que hay en su gracia y que nos fue entregada por Jesucristo en el Calvario. Estamos persuadidos de que, así como ha sido muy conmovedor para nosotros escribir este libro, también será una experiencia maravillosa para todo lector.

La obra del Calvario es una obra perfecta. Quien entienda la profundidad y la repercusión que hubo en el mundo espiritual luego de estas palabras pronunciadas por Jesús, inevitablemente entrará en una revolución personal: “La revolución de la gracia manifestada en la cruz”.

Tener una revelación de la gracia desatada en la cruz es entrar en las inescrutables riquezas de Cristo, porque en la gracia de la cruz, Jesús desató la salvación eterna, la liberación, la sanidad, la santidad, la justificación, la redención, la restauración, la regeneración, la sustitución, la reconciliación y el Pacto que hoy podemos vivir.

Al escribir este libro, pudimos entender por qué el apóstol Pablo predicaba a Cristo, y a este crucificado (**1 Corintios 2:2**). Entendimos lo que significó para Jesús asumir la prioridad del Padre, no la suya propia, y la responsabilidad de terceros que no merecían su abnegación. Creemos que conocer un poco más de la gracia desatada a favor de la humanidad puede encender en muchos cristianos la chispa de la pasión.

“Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente”

Gálatas 1:6

Creemos que este libro es un volvernos de corazón a las bases fundamentales de la verdad que profesamos. Mi rol es el de presentar las virtudes de la cruz en la obra de Jesucristo consumada en el Calvario. Al repasar una y otra vez este material, creo que hemos logrado el objetivo y estamos satisfechos con nuestra tarea. Esperamos que sea de bendición para muchos hermanos y puedan otorgarle su justo valor, dedicándole un buen tiempo de lectura.

Osvaldo Rebolleda:

Jesús sabía que sus discípulos tenían una gran dificultad para entender lo que Él les anunciaba sobre su viaje final a Jerusalén. La posibilidad de la muerte en una cruz romana era algo que no entraba en la lógica de quienes esperaban una revolución armada contra el imperio romano. Aun así, trató de enseñarles con mucha paciencia que la revolución de la cruz no sería a través de la guerra, sino a través de la pacificación con Dios.

Por causa de esa incapacidad espiritual, Jesús no pudo explicarles todas las riquezas de la obra que se consumaría en el Calvario, pero sí les dejó en claro que la cruz no solo era para Él. Por tal motivo, les dijo: ***“El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí”*** (Mateo 10:38). Les dijo

también a todos: *“Si alguien quiere ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo, lleve su cruz cada día y me siga”* (Lucas 9:23), y con palabras sencillas les declaró: *“Y el que no carga su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo”* (Lucas 14:27).

Luego el Señor Jesús apeló al Espíritu Santo para que les recordara y les alumbrara el entendimiento de lo que estaba por hacer en la cruz y de cómo deberían aplicar sus virtudes en la fe (**Juan 16:12 y 13**). Esto no lo hizo efectivamente solo con ellos, sino que lo sigue haciendo hasta nuestros días con cada creyente. Por eso, nosotros hoy presentamos este libro titulado “La revolución de la cruz”.

El apóstol Rodolfo Arnedo profundiza en cada uno de sus capítulos sobre la revolución consumada en el Calvario. Por mi parte, voy a desarrollar la revolución de la cruz en la vida práctica de la Iglesia presente. Ciertamente, creemos que la lectura de este libro es una invitación que nadie debería rechazar.

Determinamos trabajar sobre estos dos enfoques, porque la cruz no solo pertenece a la dimensión del Calvario; la cruz también es nuestra responsabilidad en la revelación espiritual del tiempo presente. El entendimiento de la cruz es un requisito incondicional e indiscutible si queremos ser verdaderos discípulos del Reino. ¿No les parece entonces algo fundamental entender con claridad la obra integral de la cruz?

En verdad, creemos que no hay nada más importante para una vida de Reino que la revelación de la gracia del Señor en la obra integral de la cruz. Es la esencia absoluta de nuestra fe, y estamos convencidos de que, mientras viajamos juntos a través de las páginas de este libro, vamos a poder demostrarles de qué manera, la cruz revela dimensiones increíbles del corazón y la mente de Dios.

De la misma forma, vamos a probar que la cruz, es clave en la activación del propósito y efectividad en nuestras vidas cristianas. Queremos además ofrecerles un claro respaldo escritural a cada enseñanza, porque entendemos lo delicado de este tema. La lectura de este material les ayudará en la comprensión del suceso del Calvario, así como creemos que, también, los impulsará en la pasión de experimentar los procesos diarios de la cruz.

Cuando estudiamos la historia de la iglesia y los avivamientos, vemos un hilo conductor, y es que cada vez que hubo quienes se destacaron en la gestión de la fe, es porque experimentaron la eterna revolución de la cruz. Cuando alguien se atreve a profundizar en las riquezas de Cristo y abrazar la gracia infinita de la obra consumada en la cruz, algo extraordinario ocurre en el mundo espiritual, y sin dudas ese es nuestro objetivo en este tiempo.

Como comunicadores del evangelio y ministros de este tiempo, tenemos una apasionada carga, y es la de ver a la Iglesia preciosa del Señor funcionando en las dimensiones que propone el Nuevo Pacto. No podemos expresar el Reino

sin experimentar la revolución de la gracia en la obra de la cruz, así que vamos por ello...

“Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios”.

1 Corintios 1:18



En un pueblo junto al mar, había un niño que, cuando bajaba la marea, caminaba por las playas devolviendo estrellas de mar al agua. Por cierto, eran muchas y no podía regresarlas a todas. Un día se iba acercando al muelle, donde un viejo pescador lo observaba con detenimiento. Luego llamó al niño y le dijo lo siguiente: “Mira, hijo, las estrellas de mar que quedan en la playa son muchas, y no vale la pena que tú puedas devolver solo algunas”. El niño no respondió palabra y se alejó del muelle hacia la playa lentamente... Cuando estuvo en la playa, tomó una estrella de mar en su mano y le gritó al pescador del muelle: “¡Señor! ¡Señor! Para esta estrella de mar valió la pena”, luego la arrojó al agua...

No sabemos cuántas personas pueden llegar a leer este libro, quizás sean muchas, o tal vez unas pocas. Lo que sí sabemos es que, para algunas, habrá valido la pena, y eso es todo lo que buscamos.

***“Porque el Señor da la sabiduría;
Conocimiento y ciencia brotan de sus labios”.***
Proverbios 2:6

Capítulo uno

LA GRAN LECCIÓN DE LA CRUZ

Oswaldo Rebolleda

“El mensaje de la cruz es una locura para los que se pierden; en cambio, para los que se salvan, es decir, para nosotros, este mensaje es el poder de Dios”.

1 Corintios 1:18

La cruz trasciende la dimensión histórica del Calvario: sus detalles, el madero, los clavos y el dolor, al igual que trasciende el tiempo en el marco de su revelación espiritual. De hecho, la obra de la cruz comenzó en la eternidad, porque la Palabra dice que Jesús es el Cordero que fue inmolado desde antes de la fundación del mundo (**Apocalipsis 13:8**). Es decir, aún antes de los tiempos de Adán y Eva, y de que cayeran en pecado, la cruz ya estaba en el propósito del corazón de Dios.

El mensaje de la cruz se convirtió en el mensaje fundamental para la Iglesia del primer siglo, y ciertamente lo es también para nuestros días. Es más, creo que la recuperación de este mensaje será lo que hará posible la

resistencia en los últimos tiempos, hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo. Sin embargo, si no entendemos su consumación y la aplicación que nos corresponde, no habremos logrado nada.

Todo lo que veremos en este libro exalta la obra del Calvario; sin embargo, también pretende comprometernos con la participación en los padecimientos y el gran triunfo del Reino. Si verdaderamente deseamos sacar provecho de este material, debemos observarlo desde la admiración de la gracia divina, la pasión de nuestro Señor y la gestión de nuestra fe.

Todos sabemos que la crucifixión fue un gran sufrimiento para el Señor, pero las Escrituras nos revelan que en ningún momento Él intentó reducir ese sufrimiento. Al contrario, cuando le dieron a beber vino mezclado con hiel, después de probarlo, no lo quiso beber y lo rechazó (**Mateo 27:34**). Es claro que al Señor no le importaba su sufrimiento, sino el cumplimiento del propósito del Padre.

Incluso en los momentos previos a la cruz, cuando aún estaba en Getsemaní, Él oró al Padre diciendo: “***No sea como yo quiero, sino como tú***” (Mateo 26:39). La gran pregunta para nosotros es si también estamos lo suficientemente persuadidos como para tomar nuestra cruz. Como veremos en el desarrollo de esta enseñanza, la muerte de Jesús produjo salvación, redención, sustitución, justificación, regeneración y santificación. ¿Acaso comprendemos lo que significa o produce en nosotros la aceptación y la aplicación de la cruz?

El suceso del Calvario debe llevarnos al proceso de nuestra revelación de vida en Cristo. Es decir, nadie nos impone llevar nuestra cruz; nosotros mismos la tomamos voluntariamente. Jesús no dijo: “*Niéguense a sí mismos cuando los crucifiquen...*”, sino que dijo: “***Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame***” (Mateo 16:24). No es que seamos crucificados por otros, sino que, más bien, tomamos la cruz desde la revelación espiritual.

Es muy importante comprender esto, porque Jesús fue llevado a la cruz como un reo. Falsamente acusado, pero un reo al fin. Por eso lo obligaron a cargar la cruz y luego fueron los romanos quienes ataron sus manos y sus pies para clavarlo en el madero. Reitero, Él no se resistió, y era su plan entregarse voluntariamente. Sin embargo, fue encarcelado, violentado en los interrogatorios judíos y romanos, golpeado en repetidas ocasiones, torturado y crucificado por soldados. Nosotros no vivimos tal cosa. ¿Acaso comprendemos lo que significa tomar nuestra cruz?

La verdad es que hoy en día la mayoría de los cristianos parecen reos azotados por el sistema, obligados a enfrentar dolores de los que pretenden escapar desesperadamente, pensando incluso que tales problemas son la cruz que deben cargar. La realidad es que la cruz para nosotros no es un matrimonio difícil, hijos con problemas, economías quebradas, enfermedades físicas ni cargas laborales. La cruz es mucho más que eso, en trascendencia y en poder.

Jesús enseñó que nosotros debíamos tomar la cruz, no ser crucificados como reos. Y enseñó que el motivo no era atravesar dolores para hallar victoria, sino para ser sus discípulos. Jesús no es un maestro que fabrica problemas para graduarnos como seguidores. La cruz no son problemas; esas pueden ser cargas, pero la cruz que debemos tomar es para matar al “yo”, en pos de lo que Su crucifixión nos otorgó.

La falta de este entendimiento ha generado que muchos cristianos se sientan víctimas de problemas domésticos y busquen compasión, en lugar de interpretar la vida según Cristo. Las enseñanzas que proponemos en este libro nos darán un fundamento preciso sobre la obra de la cruz y la importancia de practicar nuestra pasión.

Tomar nuestra cruz no está relacionado con levantar un madero y ser clavado en él. Aunque la gracia nos otorga todos los beneficios de la obra consumada en la cruz, nuestra muerte diaria nos permite acceder a la vida de resurrección. El Reino solo puede ser vivido en el Nuevo Hombre, y el Nuevo Hombre es el Cristo resucitado, en quien vivimos, nos movemos y somos (**Hechos 17:28**).

La revolución de la cruz es la expresión de la gracia, no de obras de sacrificio humano. Dios no pretende nada de nosotros, sino en la persona del Hijo. La gracia nos otorga todo en Él; solo necesitamos la revelación de la cruz, porque nuestro mayor impedimento para acceder a las dimensiones espirituales es nuestra carne y las limitaciones de nuestra alma.

Todos tenemos la vida divina en nosotros por causa de la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, pero aún no hemos sido edificados y perfeccionados conjuntamente en Él. A lo largo de los siglos, la Iglesia ha evidenciado períodos de avance espiritual y largos períodos de estancamiento. Estamos persuadidos de que esto es producto del humanismo y la falta de revelación de la cruz.

Si el liderazgo cristiano, en lugar de pretender gobernar la Iglesia creando estructuras religiosas para preservar su funcionamiento, hubiera entregado el gobierno al Espíritu Santo, doblegando nuestro ser a Él en todo momento, la Iglesia hoy estaría en otra dimensión. Si en lugar de cultivar vanas pretensiones de poder, hubiéramos muerto a nuestro “yo”, la vida, la autoridad y el poder de Cristo serían la esencia absoluta de la Iglesia actual.

De eso se trata la cruz revelada. Si el liderazgo no comprende esto, difícilmente lo comprenderán los demás hermanos. La Iglesia debe funcionar por revelación, no por imposición. Pero debo ser claro en esto: la revelación no es otra cosa que la ausencia de velos, lo cual nos da acceso al entendimiento de la voluntad de Dios. Así como el velo se rasgó eternamente a través de la carne de Jesucristo (**Hebreos 10:20**), el acceso a tal beneficio es el resultado del accionar del Espíritu Santo a través de nuestra entrega.

La recepción de la voluntad de Dios y nuestro deseo de obedecerla será siempre el camino de la cruz. No necesariamente porque lo que Dios ha planificado para

nosotros sea difícil o doloroso, sino porque no tiene que ver con nuestros planes, sino con Su propósito divino. Esto implica un camino más elevado que la simple negación de nuestros deseos. De hecho, la negación del “yo” siempre estará relacionada con algo negativo, mientras que tomar la cruz tiene que ver con algo que debemos desear hacer.

Cumplir la voluntad de Dios es tomar la cruz; es el aspecto positivo de nuestra determinación. Para lograrlo, puede que tengamos que negarnos en algo, y eso duele, pero al final el sabor de la recompensa es agradable y eterno. Jesús nos dejó muy claro con Su ejemplo que la cruz fue su acceso al trono, y que bien vale la pena cumplir la voluntad del Padre. Pablo relata muy bien esta situación:

“Haya, pues, en vosotros esta actitud que hubo también en Cristo Jesús, el cual, aunque existía en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres.

Y hallándose en forma de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le confirió el nombre que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre”.

Filipenses 2:5 al 11

En este escrito, Pablo expone la norma o el modelo para el vivir de todo cristiano: el Señor Jesucristo es, y debe ser, nuestro modelo. Según la versión Reina Valera, el apóstol escribió: *“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús”*. Notemos que el enfoque es hacia nosotros; el propósito era presentar al Señor Jesús únicamente en su encarnación, entrega, muerte, resurrección y exaltación, con el fin de proporcionarnos un modelo o ejemplo de vida.

Lo que Pablo estaba tratando de enseñarnos es que, al igual que Jesús, debemos guardar una actitud de humildad, servicio y abnegación. Esto implica la revelación de la cruz. Tal vez no logramos dimensionar tal privilegio, pero es maravillosa la gracia de no solo identificarnos con Él, sino también de poder vivir en Él para concretar tal desafío.

No diría que Jesús fue absolutamente hombre o absolutamente Dios, porque eso sería como negar una parte vital de su ser. Jesús fue verdaderamente hombre y verdaderamente Dios, en la plenitud de sus expresiones. Sin embargo, no estimó su condición divina como algo a lo cual aferrarse. En otras palabras, estuvo dispuesto a despojarse a sí mismo, asumiendo su humanidad, y aun como hombre manifestó una actitud de servicio.

Este pasaje magistral de **Filipenses 2:5 al 11** nos enseña al menos siete pasos recorridos por Jesús en su descenso y humillación, así como siete pasos hacia su ascenso y exaltación. Es posible que alguien encuentre

muchos más; solo deseo destacar los que considero una gran lección. La Palabra tiene inagotables dimensiones que podemos explorar en busca de grandes tesoros.

El primer paso en su descenso tuvo lugar cuando dejó la gloria del Cielo. Con una mentalidad tan exitista como la del mundo actual, es muy difícil comprender a alguien capaz de despojarse de la máxima posición de autoridad y poder. Su posición fue justamente la que deseó Lucifer y la que llevó a Eva, y luego a Adán, a comer del fruto prohibido.

No existe ninguna posición superior a la de Dios y al estado de su gloria. Sin embargo, Cristo fue capaz de dejar todo eso para venir a rescatar a criaturas rebeldes que históricamente lo han despreciado por completo. De hecho, a las puertas de concretar su misión, oró al Padre diciendo: ***“Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”*** (Juan 17:5).

Es maravilloso pensar en esto: Cristo, revestido de gloria y majestad, no se aferró a su elevada posición. No tuvo necesidad de hacerlo, pues no había nada que pusiera en peligro su posición. No había debilidades ni fallas que pudiera cometer, así como tampoco había enemigos capaces de conmover su imperio. Esa posición le pertenecía por ser Dios. Sin embargo, decidió despojarse de todo para encarnar como un simple y débil ser humano.

Tampoco lo vemos manifestar pena por tener que dejar ese lugar tan glorioso. Descendió a esta tierra con alegría. El escritor de **Hebreos 12:2** nos dice que Él emprendió el camino hacia la cruz *“por el gozo que le esperaba”*. Vino a esta tierra con tanto amor por nosotros que resulta difícil comprenderlo. Todos los seres humanos buscamos ascender al menos un poco en lo que sea, pero Él decidió descender desde la posición más alta posible a la posición más baja posible para un Dios.

En segundo lugar, no solo se despojó de su posición, sino que se despojó de sí mismo, porque tuvo que encarnar como un pequeño bebé que nació en Belén en los días del rey Herodes (**Mateo 2:1**). Vivió en esta tierra con ciertas limitaciones, pero eran limitaciones asumidas voluntariamente por Él mismo. En todo momento continuó siendo verdaderamente Dios. Sin embargo, se despojó de las prerrogativas de la deidad.

Estuvo dispuesto a nacer en un humilde pesebre y ser criado por una madre inexperta y un padre obrero, hasta alcanzar la edad adulta en un pueblo pobre llamado Nazaret. Estuvo dispuesto a ser un carpintero humilde y desconocido durante varios años. Él podría haber tenido la nube de gloria del Antiguo Testamento acompañándole todo el tiempo, pero no la tuvo. No tuvo una aureola sobre su cabeza, como vemos en muchos cuadros que se han pintado de Él.

Él no se destacó entre los demás hombres por alguna clase de luz interior o porque alguna gloria le rodeara. Fue

verdaderamente un ser humano, pero sin perder su naturaleza divina. Recordemos su oración al Padre en **Juan 17:5**, donde dijo: *“Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo existiera...”*. Observemos que pidió que su gloria fuera restaurada, pero no pidió que su deidad fuera restaurada, porque nunca dejó de ser quien era.

En tercer lugar, sabemos que vino a este mundo no solo a encarnar como hombre, sino que, en su condición de hombre, se hizo siervo. No solo se humilló a sí mismo para convertirse en un ser humano, sino que también vino a integrarse en el grupo formado por la mayoría de las personas, la gente común y corriente. Fue como uno más entre todos.

Cuando Jesús nació, María, quien estaba en la línea de descendencia de David, al igual que José, simbólicamente también en la línea de David por otra ruta genealógica, ambos eran personas humildes. María era una simple campesina y ambos vivían en una población pobre y no judía llamada Nazaret.

Entonces, ¿no estaba Jesús en la línea genealógica de David? Sí, pero recordemos que David fue un rey ungido, aunque él mismo fue un simple pastor de ovejas, y su padre Isaí era un agricultor de Belén. De esa manera, su línea genealógica había retrocedido al lugar de un campesino. Nuestro Señor nació en una familia de campesinos.

El cuarto paso hacia su humillación fue que tuvo que aprender obediencia (**Hebreos 5:8**). En la eternidad, todo estaba bajo su autoridad, pero al encarnar, aceptó la debilidad y tuvo que aprender las leyes que nos limitan y la obediencia a las autoridades correspondientes. Si no hubiera sido así, habría pecado.

Nosotros consideramos que existe cierta dignidad en ser humano, pero cuando alguien es Dios, la humanidad es tristemente limitada. Aun así, Jesús no solo vino para redimir a la humanidad, sino también para revelar a Dios ante la humanidad, y eso es extraordinario, porque la gente siempre dice: “Qué bueno sería que Dios se dejara ver” o se preguntan: “¿Por qué Dios no se muestra de una buena vez para que todos puedan creer?”. Y ciertamente lo hizo, pero el problema es que no le creyeron.

***“Él es la imagen del Dios invisible,
El primogénito de toda creación”.***

Colosenses 1:15

El quinto paso se encuentra en la primera parte de este versículo: ***“hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo”***. Muchos de nosotros hemos sido humillados por otra persona, que ha dicho o hecho algo ofensivo contra nosotros. Pero observemos que Él se humilló a sí mismo, lo cual es lo más difícil de hacer.

El sexto paso de su humillación fue la misma muerte. La muerte es un evento humillante porque se produjo por causa del pecado. La muerte entró en el mundo por la

transgresión de un hombre, y ese hombre fue Adán. La muerte se transmitió a todos los hombres, y no era algo que Dios deseaba naturalmente, porque no creó al ser humano para que pasara por la experiencia de la muerte.

Cuando el Señor Jesús vino a la tierra, lo hizo con un propósito diferente al nuestro. Usted y yo nacemos con el propósito de vivir, y la muerte es el traspie que nadie desea. Sin embargo, Él vino a este mundo para morir. No tenía que morir, pero deseaba hacerlo, porque era la única manera de salvarnos. Jesús dijo: ***“Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla y poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre”*** (Juan 10:17 y 18).

El séptimo y último paso de la humillación de Cristo fue que no solo fue obediente hasta la muerte, sino que sufrió la muerte en la cruz. Esta clase de muerte causaría un impacto mayor en nuestra conciencia porque era una muerte vergonzosa; solo los reos condenados morían de esa manera, considerada una maldición (**Deuteronomio 21:23**).

Entonces, Él vino de la gloria más elevada y llegó hasta el lugar más bajo de la humillación. ¿Por qué lo hizo? Recordemos el pasaje de **Filipenses 2:4**, que dice: ***“No busquéis vuestro propio provecho, sino el de los demás”***. Él dejó toda su gloria del Cielo y descendió a esta tierra, se convirtió en un hombre y sufrió la muerte de un criminal por todos nosotros. Sería bueno que nosotros, sabiendo de

nuestra culpabilidad, no intentáramos exaltarnos sin antes comprender la humillación de la verdadera condición humana.

***“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo,
Y le dio un nombre que es sobre todo nombre”.***

Filipenses 2:9

El primer paso hacia la exaltación está en la frase ***“Dios también lo exaltó”***. Este es el propósito supremo del Padre: que Jesucristo sea glorificado en toda la creación y que el hombre, que alguna vez se rebeló contra su autoridad, sea redimido, de manera que voluntariamente determine sujetarse a Su gobierno y exaltar Su glorioso Nombre.

El segundo reconocimiento divino es precisamente esa exaltación. Cada vez que mencionemos su nombre, debemos tomar conciencia de su grandeza. El nombre de Jesucristo será exaltado sobre todos los nombres, de todos los grandes personajes de este mundo, y sobre los nombres de todos los ángeles del cielo.

“Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra”.

Filipenses 2:10

El tercer paso en la exaltación de Cristo está en el nombre de Jesús. Hay una referencia explícita al significado hebreo de su nombre, ***“Jeshua”***, que significa precisamente

“Dios salva”. Por lo tanto, el nombre de Jesús ya es en sí mismo una oración de invocación o de acción de gracias. Es como si el Padre hubiera dicho: *“Voy a exaltar el nombre que le fue dado cuando vino a la tierra por encima de todo otro nombre”*.

El cuarto paso hacia la exaltación de Cristo se encuentra en la frase *“los que están en los cielos”*, y el quinto en *“los que están en la tierra”*, y el sexto en *“los que están debajo de la tierra”*. Esto implica que no solo los seres espirituales y los ya salvados alaban a Cristo, sino que en la tierra toda rodilla se doblará, y aun en el infierno todos reconocerán que Jesús es el Señor. No estoy sugiriendo que todos serán salvos, sino que, lamentablemente, muchos seres perdidos tendrán que reconocer quién es Jesús.

El séptimo paso hacia la exaltación de Cristo se menciona en **Filipenses 2:11**: *“Y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”*. La confesión será de todo ser humano, pero la salvación será de aquellos que hemos sido escogidos. Recordemos que el mismo Señor dijo en cierta ocasión que no todo el que le dijera *“Señor, Señor”* entrará en el reino de los cielos, sino aquel que haga la voluntad del Padre que está en los cielos (**Mateo 7:21**).

De ahora en adelante, en cada página de este libro, observemos su obra, observemos su amor y consideremos su ejemplo, así como su persona. El gran problema de la enseñanza de la cruz radica en pensar que todo lo recibido no

nos compromete radicalmente, y en observar la pasión de Cristo como un acto de amor que nos permite todo.

En cada página que sigue, valoremos su obra, tomemos su ejemplo, imitemos su valor y honremos su santo Nombre por siempre y para siempre. ¡Amén!

“No a nosotros, oh Señor, no a nosotros, sino a tu nombre le corresponde toda la gloria, por tu amor inagotable y tu fidelidad”.

Salmo 115:1 NTV



Capítulo dos

LA SALVACIÓN LA GRACIA Y LA CRUZ

Rodolfo Arnedo

Es cierto que, en muchos casos, la palabra gracia se refiere a un don espiritual que Dios obra en los creyentes, una vez que son parte del cuerpo de Cristo.

“Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios”

1 Pedro 4:10

Sin embargo, la Escritura excluye ese uso y manifestación de la gracia en relación con nuestra salvación. Existe una gracia especial anterior a la conversión, que opera para traer a los pecadores a Cristo, personas que están completamente alejadas de Dios y sin ningún discernimiento espiritual. Como dice su Palabra: muertos espiritualmente, cegados de todo entendimiento y discernimiento espiritual.

Dios, con Su gracia, nos justifica y nos declara justos, aun siendo impíos y estando muertos en delitos y pecados. No es porque busquemos nuestra santificación a través de

nuestra propia fuerza de voluntad para presentarnos delante de Él y lograr el mérito de la salvación eterna, sino por Su inmerecido favor hacia nosotros, expresado en Su gracia, en Su misericordia, y por causa de Jesús.

La santificación es un proceso posterior a la salvación, que viene después de la conversión. Pero la gracia para los pecadores nace del amor y misericordia de Dios hacia el mundo, antes de que las personas tengan un encuentro con Cristo. Lamentablemente, algunos conceptos han sido malinterpretados, por ejemplo:

Crear que podemos recibir la gracia de Dios por algo que nosotros hacemos, o porque creemos merecerla, o por intentar vivir por nuestras propias fuerzas una vida de santidad para obtener nuestra salvación es absurdo y religioso. Esto ensancha nuestro ego, pero no es espiritual, porque lo que nace de la carne no tiene la vida de Dios. El esfuerzo propio no tiene vida espiritual, a menos que Dios mismo nos haya llamado o involucrado en ese esfuerzo.

El problema surge cuando el esfuerzo parte de nuestra propia iniciativa o determinación. Una persona pecadora, aunque religiosa y bien intencionada, no puede hacer nada por su salvación, ya que está espiritualmente muerta y desconectada de Dios. Por más buen comportamiento u obra religiosa que realice, no tiene la vida que solo el Espíritu Santo puede impartir cuando nos convence de que hay una barrera llamada pecado, y que nuestras mejores intenciones no pueden superarla para conectarnos con Dios.

La gracia nos es dada por amor y misericordia de Dios, para que, por medio de la fe, creamos que la obra de Jesucristo llevada a cabo en la cruz fue la que nos trajo perdón de pecados, reconciliación y vida espiritual.

“Quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos, pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad por el evangelio.”

2 Timoteo 1:9 y 10

La religión incita a las personas a buscar religarse a Dios mediante iniciativas humanas, esfuerzos propios y fuerza de voluntad. Esto es una locura, porque la persona no convertida no tiene la luz espiritual para hacerlo, por más que asista a cultos, participe en la iglesia y sirva de buen corazón. Es pura religiosidad que nos lleva a una serie de rituales, dogmas, ordenanzas, costumbres, tradiciones, servicios y demandas que no pueden dar vida espiritual. Por el contrario, la quitan o la apagan.

La gracia es para los que tienen el entendimiento espiritual cegado, porque están muertos espiritualmente. Y precisamente, como están muertos en delitos y pecados, no pueden merecerla, comprarla, ganarla ni obtenerla por ningún medio. Si pudieran hacerlo, sería un negocio y no gracia; sería un intercambio: yo hago esto y tú me das

aquello. En cambio, Dios nos otorga Su gracia por pura misericordia y amor.

La gracia, antes de la conversión, es el inmerecido favor que Dios nos concede para que se active la fe y la vida espiritual en nuestras vidas, y podamos creer que Jesucristo nos redimió de todo pecado y maldad, reconciliándonos con el Padre.

Para eso es la gracia inmerecida que Dios nos extiende por medio del Espíritu: para llevarnos a creer que el evangelio son las buenas noticias de un Dios que nos proveyó en Cristo todo lo que necesitamos para estar conectados con Él y recibir la vida espiritual que solo Él mismo nos puede dar. Actualmente hay una canción que dice: *“Todo viene de Ti, y todo vuelve a Ti, tuya es la gloria”*.

Después de experimentar la conversión por la fe, y como consecuencia de haber creído, a través del arrepentimiento y la confesión de pecados, comienza una obra llamada regeneración. Esta también, al igual que todas las demás obras a nuestro favor, es por gracia divina. Es cuando Dios vuelve a generar Su imagen y semejanza en nosotros, y el Espíritu Santo empieza a transformarnos conforme a la imagen de Su Hijo.

Llegamos degenerados, pervertidos, amargados, angustiados, llenos de iniquidad, dolidos, heridos, rechazados y lastimados. Luego, somos regenerados, es decir, vueltos a generar a Su imagen y semejanza,

recuperando nuestra vida espiritual e identidad, caída por el pecado. Dios nos otorga una sanidad y restauración completa a nuestro cuerpo, alma y espíritu. Ese caminar con Dios obra para nuestra santificación, que no es otra cosa que ir apartándonos cada vez más para vivir en intimidad y adoración a Cristo.

La santificación nunca precede a la salvación eterna, que, por cierto, es una iniciativa de Dios, solo por gracia inmerecida y por medio de la fe. Muchas personas, en su buen deseo de agradar a Dios, buscan primero vivir por su cuenta y con sus propios esfuerzos una vida de santidad, para que Dios los premie con Su salvación y los bendiga. Es a la inversa: Dios nos acepta tal como estamos y nos extiende Su gracia inmerecida para atraernos a Él y mostrarnos Su amor.

No es que primero deba ser santo y guardar los mandamientos de Dios para luego ser salvo. No es que primero deba portarme bien y hacer méritos para que Dios me acepte o me apruebe y así ganarme el derecho a la salvación. No es que primero deba hacer buenas obras para conmover el corazón de Dios. No, absolutamente no. Dios nos escoge en el estado en el que llegamos y como somos: pecadores torcidos y retorcidos. Porque lo vil del mundo, lo menospreciado, lo menos considerado, y muchas veces lo rechazado y aborrecido, escogió Dios para avergonzar a los sabios.

La gracia activa el don de la fe, también dado por Dios, para creer en la obra de Cristo y alcanzar la salvación eterna,

mientras que el Espíritu Santo nos convence de pecado, de juicio y de justicia.

En el Antiguo Testamento, la gracia es el favor de Dios que lo mueve a perdonar los pecados. La palabra hebrea que se usa predominantemente para hablar de la gracia de Dios es “*jen*” que significa: “Libre otorgamiento de bondad y misericordia a uno que no la ha pedido ni tiene una compensación adecuada para ella”.

Este concepto de gracia se utiliza frecuentemente en relación con el amor inalterable de Dios, “*jésed*”, y su piedad, “*rájam*”, que expresa un sentimiento tierno y profundo de compasión, como el que surge al ver la debilidad o el sufrimiento de los seres amados o de aquellos que necesitan nuestra ayuda.

El Nuevo Testamento también aclara que: “La gracia salvadora es la bondadosa disposición del corazón de Dios para todos. Es el favor inmerecido que Dios otorga a las personas que escuchan el evangelio y creen en Él”.

No es algo que haya en nosotros, ni algo que podamos generar, sino algo que Dios nos da a causa del amor que nos tiene y a través de la obra de Jesucristo a nuestro favor. El apóstol Pablo excluye la idea de que la gracia sea algo inherente a nosotros. La gracia de Dios es su favor inmerecido, traído por la vida y muerte sustitutivas de Cristo, por las cuales Dios es movido a perdonar el pecado y dar

salvación a los pecadores. No olvidemos que: ***“La gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo”*** (Juan 1:17).

En otras palabras, la gracia es cuando Dios da al pecador, muerto espiritualmente, lo que no se merece, ni puede ganárselo ni mucho menos comprarlo. Y Dios, que es rico en misericordia, con el gran amor con que nos amó, nos concede la vida espiritual y la vida eterna (**Romanos 11:6**).

¿Cómo ve Dios la gracia impartida en nuestra salvación? Es algo sumamente importante para Dios. Él verdaderamente desea la salvación de todos los pecadores. Por medio del profeta Ezequiel, el Señor dice:

“Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva”

Ezequiel 33:11

En este pasaje, el Señor hace un juramento; no necesita hacerlo, porque Él no puede mentir, pero para darnos doble certeza de lo que dice, jura por su propia existencia que no quiere que perezca ningún pecador. Dios no puede jurar por alguien mayor que Él, por eso jura por su propia existencia, que desea la salvación de todos los pecadores. Dios anhela que el mundo entero sea salvo. De hecho, llama a mucha gente, los llama repetidamente y no se cansa de llamar de muchas maneras, pero no todos le responden. ***“Porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos”*** (Mateo 22:14).

La gracia es necesaria para nosotros porque nos saca de la muerte espiritual y nos activa la fe. Si Dios nos tratara como merecemos, no tendríamos perdón y seríamos condenados al infierno.

“He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre”

Salmo 51:5

Aquí el rey David declara, por revelación divina, que él había sido formado en maldad desde el vientre de su madre. En realidad, todos venimos con esa característica, una herencia de la genética espiritual de Adán. El pecado de Adán nos es cargado e imputado al nacer como parte de la raza humana. Al venir a este mundo, estamos bajo la condenación de Dios, viviendo en la carne y muertos en delitos y pecados. Estar muerto espiritualmente y en pecado es una clara evidencia de que no tenemos ni la aptitud, ni la actitud, ni el deseo, ni el poder para realizar ninguna acción espiritual. Puede que sea religiosa, pero no será espiritual. Éramos espiritualmente ciegos, incapaces de discernir el mundo espiritual y de percibir las cosas espirituales. Éramos enemigos de Dios, agradando y sirviendo a la carne.

“Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios”

Romanos 8:7

Nuestras facultades espirituales no solo se debilitaron desde la caída de Adán, sino que fueron completamente corrompidas. Solo cuando vemos nuestra total calamidad espiritual podemos apreciar la grandeza de la gracia de Dios. Solo cuando vemos el pecado como Dios lo ve, valoramos Su gracia inmerecida.

Es por esto que la gracia de la salvación es inmerecida, porque de nuestra parte no teníamos ningún mérito para ganarla, comprarla u obtenerla. En otras palabras, no teníamos con qué justificarnos delante de Dios. Estábamos muertos en pecados y sin ninguna posibilidad de acercarnos a Dios. Gracia es: cuando Dios nos da lo que no merecemos.

Pero, como Dios es justo, no puede pasar por alto el pecado, ignorarlo o pretender que no existe. No sería un Dios de justicia. Al ser justo, debe castigar a los pecadores; pero, por causa de la vida y muerte sustitutivas de Jesús, quien ocupó nuestro lugar, Dios ha pasado por alto nuestra condición de condenados a absueltos. De estar imputados a ser declarados libres, porque otro pagó por nosotros. De la condición de injustos a ser declarados justos ante los ojos de Dios. Sin Cristo, no hay gracia salvadora. Él mismo es la gracia y la verdad.

“Que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo mismo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación”

2 Corintios 5:19

Dios es quien ha tomado la iniciativa y ha hecho todo para nuestra salvación. Desde la eternidad nos eligió para ser suyos y para vivir en comunión con Él (**Romanos 1:16 y 17**).

Somos el objeto de la gracia inmerecida de Dios. Nosotros no cooperamos, ni hemos trabajado, ni hemos hecho ninguna obra para obtenerla o ganarla. Reitero, un muerto no puede hacer nada por su cuenta. No hay mérito alguno de nuestra parte para obtener, comprar o pretender la vida espiritual y la salvación eterna. Solo podemos recibirla por gracia, mediante la fe.

“Quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos”.

2 Timoteo 1:9

Jesús hizo todo para ganar nuestra salvación; él dijo: *“Consumado es”*. Ya la cuenta está saldada, no hay deuda pendiente. No hay forma de nuestra parte para conseguirla, solo recibirla por gracia mediante la fe. De hecho, los que tratan de ganar su salvación o preservarla mediante el cumplimiento de la ley, la perderán. Podemos confiar plenamente en la gracia de Dios para nuestra salvación y para nuestra preservación en la fe; por eso podemos estar seguros de ella.

No hay nadie a quien Dios no quiera salvar; Él extiende su gracia a todos, por eso Pablo escribió: *“Que Dios*

estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación” (2 Corintios 5:19).

Dios reconcilió al mundo consigo mismo, no tomándoles en cuenta sus pecados. Y nos dio un ministerio conforme al sentir de su corazón: reconciliar al mundo. Podemos estar seguros de que Dios quiere nuestra salvación, porque Él quiere la salvación de todas las personas. De allí que la salvación eterna está disponible para toda raza, tribu, lengua y nación.

Por las promesas y las palabras de Dios, la gracia es segura. Cuando estemos ante el juicio de Cristo, no tendremos que temer que nos recuerde nuestros pecados y nos condene por ellos. Al contrario, Él nos ha dado esta promesa: ***“Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”*** (1 Juan 1:9).

Es su justicia y su fidelidad las que nos dan la seguridad de que todos nuestros pecados son perdonados. Por consiguiente, tenemos asegurada la salvación eterna cuando creemos en Él y nos arrepentimos. La gracia es segura porque proviene de Dios, nace de Él, se sostiene por Él y la continuará suministrando hasta Su segunda venida por medio de Su Santo Espíritu. Se trata de Su justicia y fidelidad.

Dios ha hecho todo para salvarnos; siempre fue iniciativa suya. Si tuviera que hacer algo para asegurar mi salvación, nunca tendría la certeza de ser salvo, siempre tendría que preguntarme si he hecho lo suficientemente bien “mi parte”. ¿Será que habré hecho todo? ¿No me faltará algo y no soy salvo? ¿Sigo debiendo algo? ¿Habré podido cumplir con todas las demandas de Dios?

Estaríamos con dudas e inseguros, como lo estaba antiguamente el sacerdote antes de entrar al lugar santísimo, corriendo el riesgo de que si no estaba en total santidad, podría morir en la presencia de Dios. Aun así, si hubiéramos querido pagar la totalidad de la cuenta, habríamos llegado a la conclusión de que es una cuenta impagable, porque lo que Jesús hizo en la cruz no tiene precio. Y si pudiéramos hacer algo para obtenerla o merecerla, entonces no sería por gracia; sería negocio. Hacemos buenas obras como si la estuviéramos comprando, nos activamos en la iglesia, tratamos de vivir en santidad, para pagarla, cuando Jesucristo ya hizo todo. **“Consumado es”**. En cambio, podemos estar seguros de nuestra salvación porque todo depende de Dios. Él la inicia y la culmina. Nosotros respondemos por fe.

Eso significa que la gracia de Dios siempre tiene el poder de obrar la fe y producir los frutos de la fe. Es eficaz porque la produce Dios mismo; no puede fallar ni dejar de dar resultados. Isaías dice que, así como la lluvia y la nieve descienden del cielo y hacen crecer las semillas, también la Palabra de Dios tiene el poder de llevar a las personas a la fe. El mensaje del amor de Dios en el evangelio tiene el poder

de movernos a amar a Dios y al prójimo; tiene el poder para producir los frutos de la fe en nuestra vida.

“Nosotros le amamos a Él porque Él nos amó primero”

1 Juan 4:19

Las personas pueden rechazar la misericordiosa voluntad de Dios para salvarlas cuando Él obra por medio del evangelio. Hay personas que deliberadamente le dan la espalda a Dios. Jesús dijo que deseaba la salvación de los habitantes de Jerusalén, pero: *“tú no quisiste”*.

“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!”

Mateo 23:37

Las personas tienen la facultad de rechazar la misericordia de Dios para llevarlas a la fe. Los que van al infierno solo pueden culparse a sí mismos por su condenación. Dios no hace acepción de personas y recibe como hijo a todo aquel que cree y se arrepiente (**Romanos 3:3**).

Todas las personas, por naturaleza, venimos a este mundo con la actitud de que tenemos que hacer algo para asegurar nuestra salvación, así como siempre hicimos algo para comprar el favor, la atención o el amor de alguien, algo que nos haga valer delante de Dios como para calificar o

merecer la salvación. Normalmente todo tiene un costo para nosotros, y de hecho, la salvación tuvo un costo altísimo: nada menos que la vida de Jesucristo mismo. Pero es un costo que jamás podríamos pagar nosotros; es pura gracia, porque la obra de la cruz es algo sobrenatural que nace de la iniciativa de Dios y no nuestra.

El problema radica en que, en lugar de acoger lo que ya fue hecho en la cruz, también queremos “ayudar” a pagar la deuda. A lo largo de la historia, vemos que la gente ha rechazado la enseñanza bíblica de que somos salvados solo por gracia, mediante la fe. En lugar de esto, la religión enseña que “soy salvado solo por mí y mis obras”, “mi conducta”, “guardar los mandamientos” o “Jesús y lo que yo pueda hacer equivale a salvación”. Algunos incluso limitan la gracia de Dios a unos pocos elegidos, como si Dios no hubiera pensado en salvar al mundo entero.

A continuación, algunos de los errores que han rechazado la enseñanza bíblica sobre la gracia:

Los fariseos de la época de Jesús se enorgullecían de que guardaban la ley, cuando en realidad no podían cumplirla; fingían hacerlo, pero no era verdad:

“¿No os dio Moisés la ley, y ninguno de vosotros cumple la ley? ¿Por qué procuráis matarme?”

Juan 7:19

Querían matar a Jesús por algo que ellos mismos no cumplían. Así es el espíritu de la religión, que tiene atada, dominada y manipulada a tanta gente. Exteriormente, se esforzaban por hacer todo lo que les decía la Ley de Moisés, pero su corazón estaba lejos de Dios. Tenían buena conducta, pero un corazón retorcido. Aunque cumplían exteriormente con detalles de la ley, omitían los asuntos de más peso en ella, como el amor y la misericordia (**Mateo 23:23**).

Jesús les hizo ver que, aunque era importante lo que diezmaban, dejaban fuera lo más importante que tenía que ver con el corazón: la justicia, la misericordia y la fe. No se daban cuenta de que la ley los condenaba por sus pecados. En lugar de ganar la aprobación de Dios por mostrarse cumplidores de la ley, cayeron bajo la condenación de Jesús porque no lo reconocían como el Cristo, el Ungido, el Mesías que vino por ellos también. Necesitaban, de manera urgente y desesperada, la gracia que Dios les daba por medio de Cristo.

“Escudriñáis las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida”

Juan 5:39 y 40

Ellos tenían conocimiento de la Palabra, pero no tenían la revelación de esta. Tenían un buen comportamiento externo, aunque fingido, pero no tenían la vida del Espíritu en sus corazones. No reconocían en Cristo al Mesías que les

podía dar la vida espiritual que necesitaban. Todo era ficticio, actuado, simulado e irreal; no salía del amor de un corazón transformado.

Los judaizantes atribularon y atormentaron a los cristianos de Galacia, porque enseñaban que, para ser salvos, era necesario someterse al rito de la circuncisión y observar la Ley de Moisés. Pablo les advirtió que, por su insistencia en las obras, habían caído de la gracia. En otras palabras, Dios les soltó la mano:

“De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído”

Gálatas 5:4

Es muy triste, pero a cuántas iglesias hoy Dios les ha soltado la mano por haber caído de la gracia y se manejan solo por obras de la ley, programas religiosos y estructuras eclesiásticas. Quizás funcionan en crecimiento numérico, pero no espiritual, porque falta la vida de Dios en esos lugares. Al mismo tiempo, son dañinas, porque tienen cautivas y fanatizadas a las personas, y la gente termina idolatrando a un líder, una institución, un ministerio, o siendo material desechable: se usan y se tiran. O peor aún, se valen de diseños humanos que caducaron porque son tomados del antiguo pacto bajo la ley de Moisés, mezclados con el nuevo pacto, creando una confusión total en las personas.

Estas vivencias religiosas las hemos heredado del catolicismo romano: cumplir los diez mandamientos y hacer

obras de caridad para ser salvos, como si la salvación dependiera de nosotros o de lo que podamos hacer. Lo único que nos falta es vender indulgencias, y ahí estaríamos completos. Pero hacemos otras cosas iguales, como, por ejemplo, hacer que la gente pacte con dinero o bienes materiales, cuando en realidad no hay un solo versículo en la Biblia que lo apruebe, confirme o respalde, mostrando que alguien lo haya practicado. Nunca hombre alguno le hizo un pacto de dinero a Dios; siempre fue Dios mismo quien tomó la iniciativa de pactar con el hombre para llevarlo a sus bendiciones. Es muy probable que esta práctica no sea conocida por los líderes que la llevan a cabo, porque muchos lo hacen por tradición, costumbre, o imitan a otros, pero no es bíblica en absoluto. Además, no podríamos pactar con Aquel que nos provee todas las cosas; estaríamos pactando con quien Él mismo nos da el dinero.

El pelagianismo rechazaba por completo la gracia de Dios. Pelagio (hacia el año 400) negaba el pecado original y enseñaba que la gente tenía la capacidad de ganar su salvación por méritos propios. Esa enseñanza fue condenada por la iglesia primitiva. Esta doctrina herética enseña que la naturaleza humana es básicamente buena, y “que el pecado original no mancha la naturaleza humana y que el mortal será capaz de elegir bien o mal sin ayuda especial de Dios”. El hombre tiene libre albedrío y su naturaleza es básicamente buena. Cada hombre que hoy nace es igual que Adán cuando fue creado por Dios en el pasado: puro y recto. La mayoría de los no cristianos abrazan este punto de vista sobre la

humanidad. Podemos escuchar esta creencia en personas de todos los estratos sociales.

El semipelagianismo fue una reacción al pelagianismo. Enseñaba que los poderes espirituales de las personas estaban heridos por la caída en pecado, pero que la gente todavía tenía suficientes poderes espirituales para cooperar con Dios en su conversión y salvación, gracias a su capacidad de decisión. Esa llegó a ser la enseñanza oficial de la Iglesia Católica Romana, y sigue siendo hoy en muchas iglesias evangélicas.

El calvinismo, basado en la enseñanza de Juan Calvino (1509 – 1564), creía que, así como Dios eligió a algunos para salvación, también debió elegir al resto para condenación. En ningún lugar de la Biblia dice que Dios escogió o llamó gente para ser condenada.

Según el calvinismo, la única manera de estar seguro de que Jesús murió por nosotros es buscar alguna experiencia en nuestras vidas que nos asegure de que somos de los elegidos para salvación. No necesitamos vivir una experiencia para saber que fuimos escogidos por Dios. La Palabra de Dios y el testimonio del Espíritu Santo nos confirman que fuimos escogidos por Dios.

“Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la Palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna”

Hechos 13:48

Aquí vemos claro que, aunque se haya soltado la Palabra, solo los ordenados para vida eterna son los que recibieron la salvación otorgada por Dios. Y si nosotros hoy estamos y somos parte del cuerpo de Cristo, tenemos la seguridad de que pertenecemos a los escogidos para salvación.

También es notorio cómo los calvinistas niegan el actual funcionamiento de los cinco ministerios entregados por Jesucristo, cuando Pablo claramente escribió: *“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros”* (Efesios 4:11).

El Señor dijo: “Yo edificaré mi iglesia”. ¿Cómo lo hace? A través de los cinco ministerios. Debemos ver que cada ministerio es una extensión de Jesucristo cuando operaba en la Tierra. Por ejemplo, Jesucristo era pastor; una extensión de ese ministerio de Cristo son actualmente los pastores. Cada uno de los cinco ministerios es una extensión de lo que fue y operaba Jesucristo en este mundo.

Por consiguiente, siguen vigentes y actuales los cinco ministerios “que él mismo constituyó”. También aducen que solo los apóstoles que estaban con Jesús son los únicos reconocidos como tales. Sin embargo, en el Nuevo Testamento encontramos muchos apóstoles que nunca estuvieron con Jesucristo. Los primeros eran los apóstoles del Cordero, y los segundos fueron apóstoles de la iglesia, vigente este ministerio hasta el día de hoy (**Hechos 14:14**).

Otra doctrina que sostienen los calvinistas es el cesacionismo, que afirma que los nueve dones de inspiración del Espíritu ya cesaron. Entonces, no hay más sanidades, prodigios, milagros, lenguas, interpretación de lenguas, palabras de ciencia, sabiduría y revelación. Es trágico cómo quieren limitar el poder sobrenatural de Dios, aún vigente, negando su existencia cuando la Biblia lo reafirma en diferentes lugares (**1 Corintios 12:1 y 14:1**).

El arminianismo por su parte, niega la salvación por sola gracia y por medio de la fe. Jacobo Arminio (1560–1609) enseñaba que Dios eligió a las personas en vista de la fe que Él vio que iban a tener, lo cual implicaba que no era necesaria la gracia. Según Arminio, las personas podían creer y ganarse la salvación por méritos propios. Además, pensaba que el ser humano siempre tiene algo bueno dentro de sí que lo impulsa a buscar a Dios. Nuevamente, esto es un humanismo acérrimo, que sugiere que los hombres tienen algo que puede ayudar a Dios para su salvación. Sin embargo, la Biblia afirma que nacemos pecadores, muertos en delitos y pecados, cegados a todo entendimiento espiritual, y que, a menos que seamos rescatados por Dios, nada podemos hacer para salvarnos por nosotros mismos. Así, la cooperación de la persona en la conversión se convirtió en la causa de su elección, no por la gracia y la fe que viene de Dios. En otras palabras, parecería que nosotros cooperamos con Dios para nuestra salvación, como si Dios necesitara nuestra ayuda, lo cual es un pensamiento claramente humanista, exaltación del “yo” y del “ego”, y toda la gloria es para el hombre.

La condición de los hombres después de la caída fue tal, que quedamos como: Enemigos de Dios (**Romanos 5:10**); esclavos del pecado (**Romanos 6:17**); muertos en delitos y pecados (**Efesios 2:1**); destituidos de la gloria de Dios (**Romanos 3:23**); con una voluntad esclavizada (**2 Timoteo 2:24 al 26**); y con un entendimiento entenebrecido (**2 Corintios 4:4**).

¿Puede una persona espiritualmente muerta, que era hijo de desobediencia, esclava del pecado, bajo el lazo del diablo y con el entendimiento espiritual cegado, hacer algo para salvarse a sí misma? ¿Puede decidir recibir a Cristo cuando aún está bajo la ira de Dios? ¿Puede alguien elegir la luz estando en completas tinieblas?

El pensamiento arminiano deriva del catolicismo romano. El punto de vista tradicional de los arminianos sostiene que la pérdida de la salvación es posible porque la salvación depende del hombre y no de Dios. Esto evidencia que, para ellos, la gracia con la que fueron salvos es solo un porcentaje, y el otro porcentaje lo ganan las personas por su fe y sus obras. Así, están siempre tratando de ganarse una salvación que ya fue otorgada en la cruz del Calvario. Para ellos, el creyente está seguro de su salvación en la medida en que siga creyendo, haciendo buenas obras, portándose bien y trabajando arduamente para pagar la deuda que, supuestamente, tienen con Dios. Esta seguridad se basa, entonces, en su propia fe, obras y servicio, y esto “activaría” una protección frente a fuerzas externas que intentan alejarlos de Dios y de Cristo.

Las enseñanzas de Arminio nos han llegado a través de denominaciones como los wesleyanos, metodistas, nazarenos, el Ejército de Salvación, la Alianza Cristiana y Misionera, y otras iglesias descendientes de Wesley, conocidas antiguamente como las iglesias de la santidad. También los pentecostales y las Asambleas de Dios siguen estas enseñanzas, que no son más que una extensión del catolicismo romano, pero con una concepción más práctica y participativa del obrar del Espíritu Santo.

Podríamos decir sin lugar a dudas que la doctrina de Arminio es una versión mejorada de la iglesia católica, adoptada por muchas iglesias evangélicas, pero con algunos cambios: no se admiten santos ni estatuas de yeso, pero sí existen ritualismos y ceremonias muy similares a las católicas. Además, se repite el diseño, el modelo y la estructura organizacional del catolicismo romano, que es completamente piramidal, con un “papa”, un “sacro colegio de cardenales”, arzobispos, etc. Cualquier parecido con la realidad de algunas iglesias evangélicas y el catolicismo es pura coincidencia.

Esa extensión del catolicismo romano sigue vigente dentro de muchas de nuestras denominaciones, ministerios e iglesias, que niegan el poder de la gracia de Dios en nuestra salvación. Su filosofía es optar por el esfuerzo humano, las decisiones que las personas toman y la voluntad personal para los cambios en los creyentes, en lugar de confiar en la fe en la gracia de Dios y la consagración permanente. Continúan con el modelo estructural derivado del catolicismo romano.

Hoy en día, si visitamos una misa carismática, es prácticamente como asistir a un culto evangélico; no hay diferencias muy notables, e incluso los católicos carismáticos cantan nuestras mismas canciones.

La única marcada diferencia es la eucaristía, donde sostienen que Jesucristo está presente en el momento de celebrarla. Mientras que nosotros, los cristianos, lo hacemos “*en memoria de Él*” (1 Corintios 11:24).



Capítulo tres

LA REGENERACION Y LA CRUZ

Rodolfo Arnedo

¿En qué condiciones llegamos a Cristo? Rechazados, retorcidos, degenerados, lastimados, heridos, ofendidos, amargados, o bien podríamos decir simplemente “en pecado”. La gracia de la obra efectuada en la cruz nos regenera, nos dignifica, nos da una nueva identidad, nos restaura y nos da un nuevo caminar en la vida.

Para comprender la regeneración, debemos ver lo siguiente:

- 1** - El hombre, por naturaleza, está muerto espiritualmente.
- 2** - El hombre no es un hijo de Dios. Es creado por Dios, pero no hijo, porque está en Adán. Al nacer de nuevo, pasa a estar en Cristo.
- 3** - El ser humano es ciego en cuanto a cosas espirituales; para él son locura.
- 4** - La persona, por sí misma, es totalmente incapaz de cambiar su condición espiritual, porque está muerta y ciega a las cosas del espíritu.

“Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna”.

Tito 3:4 al 7

El lavamiento de la regeneración comienza con nuestro nacimiento espiritual y, simultáneamente, actúa con la renovación del Espíritu Santo en nuestro espíritu. Este es el proceso que da inicio al nuevo hombre en Cristo. Estas son las primeras manifestaciones de Su gracia otorgada en la cruz del Calvario.

Este lavamiento puede considerarse como el comienzo de un proceso, efectuado con la vida divina trabajando dentro de nosotros, en el cual algo es restaurado, recreado o reconstruido. De allí que, a partir de ese momento, somos participantes de la naturaleza divina.

El lavamiento de la regeneración quita de nuestro espíritu aquello que procede de nuestra vieja naturaleza, de la antigua persona, y la renovación del Espíritu Santo imparte la vida de Dios a nuestra vida. Es lo nuevo, a saber, la esencia de la vida divina en nosotros. ***“Cristo en vosotros, esperanza de gloria”*** (Colosenses 1:27).

Tanto el lavamiento de la regeneración como la renovación del Espíritu Santo seguirán trabajando en nosotros de por vida. Día a día necesitamos ser renovados para ser hechos conformes a la imagen de su Hijo. Es menester que seamos renovados a diario, al permitir que la esencia del Espíritu, que es siempre nueva, sea impartida en nuestro espíritu, a fin de reemplazar y hacer morir al viejo hombre.

El deseo del corazón de Dios es que seamos hechos nuevas criaturas con una nueva naturaleza impartida por el Espíritu Santo.

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”.

2 Corintios 5:17

Para ser nuevas criaturas, debemos tener la vida de Dios en nosotros. Ese es el comienzo de la regeneración, la vida de Dios en nuestro interior. Es fundamental que entendamos esto: “Estamos en Cristo”. Eso es lo que nos hace nuevas criaturas, eso es lo que hace que las cosas viejas hayan pasado. El hecho de estar “en Cristo”.

No nos hace nuevas criaturas estar en una iglesia local, o en un ministerio, o tal vez ser parte de un coro, enseñando en la escuela dominical, siendo líder de jóvenes, predicando detrás del púlpito, etc. No, absolutamente no. Nada de lo mencionado significa que tenemos vida espiritual. Cuando

alguien tiene la vida de Dios, se nota por sus frutos. Vemos en las iglesias que mucha gente aún no ha recibido el nuevo nacimiento, aunque es gente que lleva años dentro del cuerpo de Cristo “activando o sirviendo”, pero eso no nos convierte en nuevas criaturas, ni es señal de que hayamos nacido de nuevo. Nuevas criaturas somos aquellas personas que poseemos la vida de Dios en nosotros, y Dios posee por completo nuestra vida.

Cuando experimentamos el nuevo nacimiento, fuimos regenerados, nuestro espíritu fue restaurado, y Dios mismo vino a nuestro interior como el Espíritu de vida, el Espíritu renovador. Ese mismo Espíritu Santo que nos fue impartido trabaja en nosotros permanentemente renovándonos día a día, y de manera continua. Así pues, en todas las cosas, y en todo momento, Él nos renueva. En la regeneración, se da comienzo a la vida de Dios en nosotros, haciendo que estas dos vidas lleguen a ser una sola.

“Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él”

1 Corintios 6:17

En la renovación del Espíritu, Él penetra en nuestra mente caída y problemática, y la va transformando en la mente de Cristo. Nos volvemos espirituales, y comenzamos a ver las cosas desde el punto de vista de Dios. Pensamos desde lo que Dios dice en la Palabra y según nos inspira Su Espíritu Santo. Ya no es solamente un pensamiento racional; se transforma en un pensamiento espiritual.

“En cambio, el espiritual juzga todas las cosas, pero él no es juzgado de nadie. Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Pero nosotros tenemos la mente de Cristo”

1 Corintios 2:15 y 16

Observemos lo siguiente: **“Tenemos”**. Ya está hecho, ya tenemos la mente de Cristo al momento del nuevo nacimiento. La gracia de la regeneración puso en nosotros la mente de Cristo. Es indispensable para el proceso de nuestra regeneración por el Espíritu el hecho de tener la mente de Cristo. Cuando se tiene la mente de Cristo, comenzamos a crucificar la carne, negar el “yo”, o sea, el “ego”. Lo cual significa que empezamos a morir a nosotros mismos para que la renovación efectuada por el Espíritu comience a dar sus frutos.

Los creyentes debemos ser renovados en cuerpo, alma y espíritu, de manera completa. Eso se produce por el obrar del Espíritu Santo en nuestra “conciencia”. Además, la impartición de la Palabra de Dios siendo estudiada, reflexionada y meditada, y nuestra respuesta de renunciar al pecado. La penetración de la Palabra, el fluir del Espíritu Santo y nuestra respuesta en arrepentimiento y obediencia hacen que nuestro crecimiento y madurez espiritual sean una realidad permanente en nuestras vidas. Se dice que somos personas espirituales cuando damos frutos de la vida de Dios en nuestro interior, a causa de la permanente regeneración, por el lavamiento que quita de nosotros al viejo hombre, y la

renovación del Espíritu, que hace florecer la vida de Cristo en nosotros.

Regenerar, es una palabra compuesta: El prefijo “*re*” significa volver. Generar significa: “*Hechos nuevos*”. Ahora un cambio de nuestra condición espiritual, imagen y semejanza de Dios. Nacidos de nuevo. “*Regeneración*” quiere decir: “*engendrado de nuevo*”.

La palabra griega es “*paliggenesía*”, compuesta de “*pálin*”, otra vez, o de nuevo, y “*génesis*”, origen o nacimiento. Todos los escritores de las epístolas del Nuevo Testamento enseñaron la necesidad de ser nacido de nuevo: **(Santiago 1:18; 1 Pedro 1:23; 1 Juan 2:29; Romanos 6:4; 2 Corintios 5:17; Juan 1:12)**. Estos pasajes nos muestran lo real que es el nuevo nacimiento.

El deseo principal de Dios en el Nuevo Pacto es: Impartirse, dispensarse, introducirse, volcarse a Sí mismo dentro del creyente para regenerarnos: Colosenses 3:3 dice: “*Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.*” La vida es Dios mismo.

Sin embargo, para que Dios pueda ser nuestra vida, es menester que esta vida esté escondida con Cristo en Dios. Por esto mismo la Escritura dice: “*Cristo es nuestra vida*” (Colosenses 3:4). Ya que la vida es Cristo, cuando experimentamos vida, experimentamos a Cristo. De esta manera, la experiencia de vida puede ser expresada como nuestra relación vital con Cristo. Desde el punto de vista de

conocer la vida, la regeneración significa que además de su vida original, el hombre obtiene la vida de Dios. Y a partir de ese mismo momento: ***“Somos participantes de su naturaleza divina”*** (2 de Pedro 1:4).

Puesto que la regeneración es la parte que pertenece a la vida en la experiencia de la salvación, esta es, entonces, el centro de la experiencia de la salvación, porque el propósito central de Dios en salvarnos es que podamos tener Su vida por medio de incorporar la vida de Cristo en nosotros. Es para esto que Él ha perdonado nuestros pecados; es para esto que Él nos ha limpiado; es para esto que Él nos ha santificado; es para esto que Él nos ha justificado; y es para esto que Él nos ha libertado, reconciliado y redimido. Él ha hecho todo esto con un propósito: que seamos regenerados.

“El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo no tiene la vida”.

1 de Juan 5:12

La regeneración, por ende, es la parte central de la salvación de Dios y también es la parte central de nuestra experiencia de salvación. Cuando la vida de Dios en Cristo entra en nosotros y nos regenera, por un lado, es Su vida la que entra en nosotros, y por otro, se puede decir somos vivificados en Cristo.

La regeneración es también el comienzo del nuevo hombre dentro de nosotros. Todas las experiencias que tenemos de la vida espiritual son asuntos del nuevo hombre

dentro de nosotros, y este nuevo hombre comienza a existir en el momento de nuestra regeneración. Antes de ser regenerados, estamos en Adán, que es un pecador caído, el viejo hombre. Una vez que somos regenerados, la vida de Dios en Cristo entra en nosotros. Esta vida es un nuevo elemento, y cuando se mezcla con nuestro espíritu, se convierte en el Nuevo Hombre dentro de nosotros (**1Corintios 6:17**).

El nuevo nacimiento es una obra de Dios por la cual el creyente es establecido en una nueva vida con nuevas relaciones, tendencias, inclinaciones, ajustes y una nueva visión. Vemos que Dios mismo, por medio del Cristo que nos habita, hace de nosotros su templo. Cuando una persona nace de nuevo, es habitada por Cristo y trasladada del reino de las tinieblas al reino de la luz. Sacados de las tinieblas que nos habían conquistado y puestos en la luz de Cristo. Con el nuevo nacimiento, la persona ahora es:

“Más vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”

2 de Pedro 2:9

Luego del nuevo nacimiento, somos en su totalidad lo que dice el versículo precedente. Fuimos cambiados de reino, no de religión. Fuimos sacados de las tinieblas que nos tenían cautivos; ahora estamos bajo su luz admirable. Notemos esto: **“Sois”**, ahora somos, no es que algún día vamos a llegar a

ser. **“Sois”** linaje escogido, **“sois”** real sacerdocio, **“sois”** nación santa, **“sois”** pueblo adquirido por Dios. Ahora el Señor espera que nos veamos y vivamos como lo que somos.

Y Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, (Tabernáculo) como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir; pero Cristo como hijo sobre su casa, la cual somos nosotros si retenemos firmes la confianza y el gloriarnos en la esperanza”

Hebreos 3: 5 y 6

Dios eligió nuestro cuerpo para ser su habitáculo. Antes lo fueron el tabernáculo de Moisés y el templo edificado por Salomón. Desde el día de Pentecostés en adelante, el templo de Dios somos nosotros. Por consiguiente, nacer de nuevo es el comienzo de la nueva vida habitada por Cristo en nosotros.

El apóstol Pablo sufría con los creyentes de Galacia que querían volver atrás a judaizar, y se olvidaban de que ahora ellos eran los portadores de la presencia de Cristo donde quiera que fueran. Al igual que nosotros, donde estamos y nos movemos, Cristo está con nosotros y en nosotros, nada nos puede separar de Su presencia.

“Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros.”

Gálatas 4:19

Notemos algo: *“Vuelvo a sufrir”* quiere decir que ya había sufrido dolores de parto para que conocieran a Cristo, luego retrocedieron a querer vivir bajo la ley de Moisés. Entonces el apóstol volvía a sufrir esos dolores porque Cristo no estaba formado en ellos. La labor principal del Espíritu Santo, a través del lavamiento y la renovación diaria, es formar a Cristo en nosotros. Eso es regeneración.

La respuesta a la pregunta de Nicodemo, ¿cómo puede un hombre nacer siendo viejo? es: solamente cuando esté dispuesto a morir para todo en su vida, incluyendo sus derechos, sus virtudes y su religión, y se disponga a recibir en su interior una nueva vida que nunca había experimentado (**Juan 3:4**). Esta nueva vida se manifiesta en nuestro arrepentimiento consciente y nuestra santidad inconsciente.

“Más a todos los que le recibieron” (Juan 1:12). ¿Es mi conocimiento de Jesús el resultado de mi percepción espiritual interna o solo de lo que he aprendido al escuchar a otros? ¿Hay algo en mi vida que me relaciona con el Señor Jesús como mi Salvador personal? La piedra angular de todo mi historial espiritual debe ser el conocimiento personal de Jesucristo. Nacer de nuevo significa que lo veo a Él, y la vida de Él pasa a ser una con la mía.

“El que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3). ¿Estoy buscando solo las señales milagrosas del Reino de los cielos, o realmente percibo el gobierno soberano de Dios? ¿Me dejo poseer por Él, o todavía me poseo a mí mismo y hago lo que quiero? El nuevo

nacimiento me confiere un nuevo poder de visión mediante el cual empiezo a discernir el gobierno divino. Su dominio estuvo allí todo el tiempo, pero era conforme a la naturaleza de Él y yo no podía verlo mientras no recibiera esa naturaleza. Mi ceguera espiritual o religiosa no me permitía tener la revelación para verlo.

“Todo aquel que es nacido de Dios no practica el pecado” (1 Juan 3:9). ¿Estoy tratando de dejar de pecar o he dejado de hacerlo? Haber nacido de Dios significa que tengo su poder sobrenatural para no pecar más. En la Biblia no se plantea si un cristiano debiese pecar, sino que se afirma enfáticamente: un cristiano no debe pecar. La obra eficaz del nuevo nacimiento en nosotros es que no cometemos más pecado. Por lo menos, de forma consciente o a sabiendas. No solo tenemos el poder para no pecar, sino que realmente hemos dejado de hacerlo.

“Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios”.

1 de Juan 3:9

No es que no podemos pecar. Lo que nos dice es que si obedecemos la vida de Dios que está en nosotros, Su simiente, no tenemos necesidad de pecar. Y si pecamos debemos arrepentirnos de forma inmediata:

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de todas maldad”.

1 de Juan 1:9



Capítulo cuatro

LA SANTIFICACION Y LA CRUZ

Rodolfo Arnedo

“¿Qué pues diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?

Romanos 6:1 al 3

¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera. ¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?

Romanos 6:15 y 16

Si bien nosotros ya no vivimos bajo la ley, sino bajo la gracia, y hemos sido liberados del pecado, no tenemos licencia para vivir de cualquier manera.

Dios espera un fruto llamado santificación. No lo podemos lograr por esfuerzos propios, por alguna resolución o determinación que tomemos, sino que también la santificación es una obra de gracia que Dios provee. En el nuevo pacto, lo que Dios demanda, Él mismo lo provee. Si Dios demanda santidad, Él mismo la provee, y es por consagración y fe.

“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará”

1 Tesalonicenses 5:23 y 24

Comienza diciendo: ***“Y el mismo Dios de paz”***. O sea, que es una obra que Dios mismo lleva a cabo. Él es el Dios que trajo paz a nuestras vidas en la conversión; ahora se compromete a santificarnos por completo: espíritu, alma y cuerpo. Si la salvación es completa, la santificación también debe serlo.

Su compromiso es guardarnos irreprochables para la venida de nuestro Señor Jesucristo. ¿Cómo lo va a hacer? A causa de Su fidelidad. Si no lo hiciera, no sería fiel, sería injusto. Pero nuestro Dios es fiel y justo, y nos perdona de todo pecado, y nos limpia de toda maldad.

Una oración que siempre nos dará resultados es esta: ***“Señor, retorna mi corazón al tuyo”***. Aquí estamos pidiendo que nuestro corazón se vuelva a Dios permanentemente. Que

nuestro corazón sea uno con Él, y se lo estamos pidiendo a causa de Su fidelidad para que Él lo haga. La palabra comunión es: “común unión, estamos unidos en algo en común”, en nuestro caso somos uno con Cristo. También la palabra significa: “ser uno con”. El que se une al Señor, un espíritu es con Él.

¿Por qué hablamos del corazón? Porque allí reside nuestro principal problema. Muchas veces pensamos que la crisis está en nuestra conducta o nuestro comportamiento, pero ambas son el resultado o la consecuencia de un corazón que no ha sido cambiado por Dios. Veamos qué dice el Señor:

“Pero decía, que lo que sale contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre”.

Marcos 7:20

Podemos ver claramente que nuestro gran problema no es nuestro comportamiento, sino lo torcido de nuestro corazón. La religión siempre nos llevará a cambiar lo externo, pero eso es algo ficticio e hipócrita, porque no es un cambio de lo exterior lo que puede arreglar el mal comportamiento o la mala conducta. Todo cambio fuera del corazón es un cambio cosmético, superficial y pasajero. Además, el cambio de conducta lo podemos hacer con

nuestra fuerza de voluntad. Eso nos lleva a vivir de apariencias y a mostrar lo que no somos, pero con el tiempo, nos volvemos religiosos reprimidos.

Por eso, debemos pedirle “insistentemente” al Padre en el nombre de Jesús que retorne nuestro corazón al suyo. En otras palabras, que vuelva nuestro torcido corazón al suyo. Él mismo nos pide:

***“Dame, hijo mío, tu corazón,
Y miren tus ojos por mis caminos”.***

Proverbios 23:26

Nosotros, en y por nosotros mismos, no tenemos la capacidad de volver nuestro corazón a Dios, muy sencillo: Esta torcido, o retorcido, es perverso. En él, están nuestras motivaciones, intensiones, prejuicios, y actitudes con las que hacemos las cosas que muestran nuestro comportamiento y nuestra manera de ser, y eso hace que necesitemos un corazón nuevo pero: ***“Fiel es el que os llama el cual también lo hará”*** (1 Tesalonicenses 5:24). Ahora bien, el pasaje de proverbios también nos dice: ***“Y miren tus ojos por mis caminos”***. Eso se refiere a que también debemos consagrar toda nuestra vida a Dios.

Toda nuestra vida tal como está, exponernos, denunciarnos, como dicen ahora, mandarnos al frente nosotros mismos. Eso habla de un corazón honesto que quiere cambiar. No andar con vueltas porque Dios nos conoce más, que nosotros mismos.

“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cual sea la buena voluntad de Dios agradable y perfecta”.

Romanos 12:1 y 2

Presentar nuestra vida completa y esperar en fe que Él mismo produzca en nosotros el cambio de corazón. Y muchas veces será *“un sacrificio vivo”*, pero que al mismo tiempo Dios lo ve como santo y agradable a Él. Y eso se convertirá en culto verdadero a Dios. Bajo el Antiguo Pacto, un animal que se presentaba como ofrenda para el sacrificio debía estar libre de cualquier mancha o defecto. Esa pureza física simbolizaba la pureza espiritual y moral que Dios requería del ofrendante. Así, el adorador debía presentarse limpio de manos y puro de corazón (**Salmo 24:4**). El ofrecimiento que un cristiano hace de su cuerpo no solo debe ser un sacrificio vivo, sino también santo.

Observemos esto: el sacerdote recibía el animal para el sacrificio, lo miraba detalladamente, lo revisaba y observaba con sumo cuidado; nunca miraba al pecador que lo traía, solo se enfocaba en el cordero que iba a ser ofrecido. De la misma manera, el Padre mira, no al pecador, sino al Cordero de Dios que es perfecto, cuando nosotros en el nombre de Jesús nos presentamos delante de Él.

La entrega de nuestro corazón, y lo mejor de nosotros mismos, es lo que resulta en un sacrificio vivo y santo agradable a Dios. Esa es la forma que Dios acepta como un culto racional, espiritual y verdadero.

Y lo que más nos pide es no medirnos o compararnos con los criterios o valores del tiempo presente: poder, fama, prestigio, honra, reconocimiento, idolatría, sexo, estatus, amor, codicia, avaricia, maldad, amor al dinero, etc. Es bueno preguntarnos: ¿Qué necesitamos eliminar de nuestra vida que interrumpe nuestra comunión con Dios? ¿Qué ídolo compite con Dios? ¿Qué pecado hemos naturalizado en nuestra vida, que ni la Palabra ni la conciencia ya nos habla?

Pidámosle de todo corazón que Él nos haga dispuestos a eliminar toda traba de nuestra comunión. No es algo que vamos a lograr nosotros; crucifiquemos nuestro “ego”, pidamos que Él haga el milagro y creamos que Él sí quiere y puede hacerlo.

Cada uno de nosotros sabe qué es lo que está trabando la comunión con Dios en su vida. Hay patrones de conducta y de valores que sigue la gente que no conoce a Dios; pueden que sean religiosos, tengan buenas organizaciones, buenos ministerios o denominaciones, y hasta manejen mucho dinero, pero son patrones netamente humanistas que están pervertidos porque usan los mismos modelos, criterios y valores del mundo.

En otras palabras, no amoldarnos al espíritu y costumbres mundanas de la época, y peor aún, no acomodarnos al estatus o glamour de la sociedad. Luego los trasladamos y queremos que lo que se valora en la sociedad se valore de la misma manera dentro de las iglesias, cuando en realidad, deberíamos ser los cristianos una contracultura, como lo fue la iglesia primitiva que operaba de una manera contraria a como lo hacía la gente de su época.

Finalmente, en nuestra consagración, hay que pedir que cada área que consagramos de nuestra vida, Dios la acepte y la selle con la sangre de Cristo. Esto es fundamental por el poder que hay en la sangre de Jesús. Así deberíamos cerrar toda oración: *“Padre, conforme al valor que le das a la sangre de Cristo, acepta y sella esta oración en mi vida”*.

“Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan”.

Hebreos 11:6

“Sin fe es imposible”. Se levanta un imposible cada vez que queremos agradar a Dios de otra forma que no sea creyendo. Entonces apelamos a un montón de iniciativas que Dios no nos pide para agradarle; puede que sean buenas obras, rituales, promesas de cambio, determinaciones de no hacer más lo mismo, todas buenas intenciones, pero son las que provocan ***“el imposible”***, porque Dios nos pide otra cosa: ***“Fe”***.

Dios mismo se compromete a darnos un nuevo corazón y a realizar los cambios que necesitamos en nuestra vida. Recordemos esto siempre: en el nuevo pacto, lo que Dios nos pide, Él mismo lo provee. Podemos decirle: *“Padre, haznos dispuestos a creer de una manera que te agrade”*. Y Él lo hará, porque reconocemos nuestra debilidad e incapacidad de creer, y solo confiamos en que Él mismo nos dé un corazón lleno de fe. Pidamos la fe que viene de Él, es la fe más genuina y poderosa que puede haber. Tomemos el ejemplo del apóstol Pablo:

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más Cristo vive en mí, y lo que vivo ahora en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó por mí”.

Gálatas 2: 20

Notemos algo muy importante: *“Lo vivo en la fe del Hijo de Dios”*. Su entrega era tal que ni siquiera tenía ya su propia fe. Era la fe de Jesucristo mismo, la que operaba en él.

“Y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe.

Filipenses 3:9

Observemos esto: *“sino la que es por la fe de Cristo”*. Aquí nuevamente expresa el Apóstol que su fe, era algo que recibía por medio de Cristo. Por cierto que la fe es una persona: Cristo mismo, viviendo en nosotros. Ahora veamos

como Dios se compromete a realizar una obra poderosa cuando nosotros creemos.

“Y aquel que es poderoso para guardarnos sin caída, y presentarnos sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén”.

Judas 1: 24

El secreto es creer en el que es poderoso para guardarnos sin caída y presentarnos sin mancha delante de Su misma gloria con alegría. Y Ese que nos dará la gracia de la santificación es el único y sabio Dios, nuestro Salvador Jesucristo.

A veces, muy tristemente, pensamos que nosotros mismos somos los poderosos para guardarnos sin mancha y sin caída, eso nos vuelve fariseos, soberbios e hipócritas. Siempre y en toda circunstancia debemos apartar la mirada de nosotros mismos y ponerla en Dios. Él es el que está al control y provee a cada momento una salida. No nos olvidemos: ***“Fiel es el que os llama, el cual también lo hará”.***

Si no podemos confiar en Su fidelidad, se lo tenemos que decir, Él entiende nuestra debilidad e incapacidad de generar la fe que Dios demanda: ***“Señor, no estoy dispuesto a confiar en tu fidelidad, hazme dispuesto, para que esté dispuesto a confiar en Tu fidelidad”.***

No tratemos de impresionar a Dios pensando que podemos, cuando en realidad dudamos o desconfiamos que Dios lo va a hacer. Él aprueba y valora enormemente nuestra honestidad.

“Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Hebreos 13: 20 y 21

El Dios de paz. Este es el nombre con el que se nos invita a invocar a nuestro Dios y confiar en él. Al igual que en 1 Tesalonicenses 5: 23 ***“El mismo Dios de paz”***. La paz es lo contrario a inquietud, la zozobra, la ansiedad, y la preocupación. Porque nuestra vida descansa en Cristo, por consiguiente, el Dios de paz nos guardará siempre.

“Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”.

Filipenses 4:7

Aquí nos dice que el mismo Dios de paz, se encargará de guardar nuestros corazones, y nuestros pensamientos en Cristo Jesús. O sea, los dos entes principales que dirigen nuestra vida. ¿A qué se debe que debemos tener esa seguridad absoluta en el Dios de paz? Muy sencillo:

“Estando persuadido de esto que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”.

Filipenses 1: 6

El Dios de paz es el final de toda preocupación y el principio de toda confianza. El Dios de paz que tuvo el poder de levantar a Jesucristo de los muertos, en virtud del pacto eterno que hizo con Jesucristo, fue sellado con la sangre más preciosa que existe, la sangre del Cordero. El pacto eterno es un pacto que Jesucristo hizo con el Padre y nos incluye a nosotros. En definitiva, es el comienzo del Nuevo Pacto, al cual nosotros hoy respondemos. Recordamos ese pacto cada vez que celebramos la Santa Cena.

“De igual manera, después que hubo cenado, tomó la copa, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama”.

Lucas 22: 20

En consideración a ese pacto eterno y a esa sangre derramada, Dios se compromete a hacernos aptos para toda buena obra, haciendo Él en nosotros lo que es agradable delante de Él, por Jesucristo. El propósito de hacernos aptos para toda buena obra no es otro que terminemos haciendo Su voluntad.

Toda nuestra relación e intimidad con Dios no tiene otro objetivo o enfoque que hacer Su voluntad. La única medida que Dios aprueba es que hagamos Su voluntad. Es

vital que Dios cambie por completo nuestro corazón para hacer Su voluntad, y debe capacitarnos en nuestra voluntad para hacer Su voluntad. O sea, nos pone en la condición correcta en nuestra relación con Él, haciéndonos aptos para toda buena obra. Caso contrario, no la podríamos hacer por nuestros esfuerzos personales, nuestros méritos o nuestras iniciativas, porque serían obras muertas, que nacen de nuestro temor al castigo o de nuestro amor a ser recompensados, y no de nuestro deseo de hacer Su voluntad y darle la gloria a Él.

“Respondió entonces Jesús, y les dijo: De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente”.

Juan 5: 19

Aquí está el ejemplo de hacer Su voluntad: dependencia absoluta de Dios. Para esto, Dios nos llevará a no intentar por nuestra cuenta, ni a hacernos valer delante de Él con nada. Nos llenará de impotencia, para vivir rendidos en todo momento: ***“No puede el Hijo hacer nada por sí mismo”.***

De esta forma, Él se asegura de que no le robemos la gloria, que en todas las cosas y en todo lo que llevemos a cabo, siempre dependamos de Él, y le demos la gloria que Él se merece.

Entonces nuestra dependencia y consagración deben ser absolutas, momento a momento, y realizará en nosotros lo que es agradable delante de Él. Para Dios no hay nada pequeño, sin valor e insignificante. Él es el Dios de las cosas pequeñas, como de las grandes.

Fijemos nuestros corazones llenos de fe en lo que Él hará en nosotros por medio del Cristo que nos habita, con la seguridad y la misma fuerza que obró en Cristo, lo hará también en nosotros. Todo lo que el Padre hizo en Cristo es solo el comienzo y la continuidad, una promesa, una garantía de lo que hará en nosotros.

Un solo camino es bueno cuando nos conduce a aquello que tiene como fin hacer Su voluntad. Toda la vida cristiana tiene un solo propósito: a Dios encontrando Su lugar en nuestro corazón para cambiarlo, habitar allí, obrar desde allí y deleitarnos con Su presencia. Haciendo Él en nosotros lo que es agradable delante de Él. Oremos mucho estos versículos, pidámosle a Dios que lo haga y que nos dé un nuevo corazón. ***“Fiel es el que os llama, el cual también lo hará”***.

“Más el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, el mismo os perfeccione, afirme, fortalezca, y establezca”

1 de Pedro: 5: 10

Es interesante cómo comienza el versículo: **“El Dios de toda gracia”**. Para todo lo que vayamos a hacer en nuestra vida, necesitamos imperiosamente Su gracia. Se refiere a los que fuimos por Él llamados a su gloria eterna en Jesucristo. Más allá de todo padecimiento o aflicción que tendremos en este mundo. Ahora notemos esto: **“Él mismo”** hará la obra que nosotros necesitamos. Nos falta perfeccionarnos en algunas áreas y aún fallamos en otras, **“Él mismo”** nos perfeccionará.

No podemos permanecer firmes y todavía estamos dudando, inseguros e inestables, **“Él mismo”** nos dará toda la firmeza que necesitamos. Nos sentimos débiles, inconstantes y sin fuerzas, **“Él mismo”** nos va a fortalecer de tal manera que podamos seguir avanzando.

Dudamos de nuestra pertenencia como sus hijos amados y no podemos establecernos en la fe, **“Él mismo”** nos va a establecer en la fe para que no sigamos fluctuantes e inestables. ¡Bendita gracia santificadora desatada en la cruz!

“Fiel es el que os llama el cual también lo hará”.

1 Tesalonicenses 5:24



Capítulo cinco

LA REDENCIÓN Y LA CRUZ

Rodolfo Arnedo

La redención tiene como objetivo rescatar a un esclavo, liberándolo de cualquier tipo de esclavitud que lo destruye. Representa la obra de gracia manifestada en la cruz desde la perspectiva del precio que fue necesario pagar para liberar al hombre de su esclavitud al pecado y a las iniquidades. El término redención significa “rescate” y “restauración”.

Podemos afirmar, entonces, que la redención es la gran obra de gracia que Dios ha realizado para destruir los efectos del pecado y la iniquidad en nuestras vidas. La redención es un acto de la gracia de Dios, por el cual Él mismo, mediante Su Hijo, paga el rescate exigido por Su santidad y pureza, debido al daño causado por los pecados del hombre.

Aunque nuestra salvación la recibimos por gracia a través de la fe, el rescate del hombre del pecado le ha costado a Dios un precio elevadísimo: la vida y la muerte de Cristo. La encarnación representó para Cristo un despojamiento divino; Jesucristo se despojó a sí mismo, pasando de un

estado de gloria a un estado de humillación, haciéndose hombre. Con esto, Cristo cumplió una de las condiciones necesarias para ser el Redentor, ya que el precio que debía pagar, la ofrenda que debía ofrecer, tenía que provenir de un ser libre, santo y sin pecado.

La encarnación fue, además, un acto de pura gracia que reveló hasta dónde puede llegar el amor ilimitado de Dios por hombres y mujeres que no lo merecen. Jesucristo, estando en el cielo, recibiendo toda la gloria, honra, adoración y alabanza, dejó todo por amor a la humanidad, haciéndose hombre. Cristo se identificó con la raza que vino a redimir, tomando la forma humana para poder morir y asociarse con la humanidad pecadora. Sin embargo, aunque fue uno con la humanidad, permaneció separado de los pecadores, lleno de gracia y verdad.

Como ser impecable, quedó separado del mal; y, como tal, pudo ser el Redentor, pues debía estar libre del mal del cual venía a redimir. ¡Preciosa gracia la que nos ha redimido, comprado, restaurado y liberado por completo!

Algunos términos que nos aclaran el significado de redención:

1) **“Agorazo”**, que significa “comprar”. En relación con nuestra salvación, implica pagar el precio que Dios exige por nuestros pecados e iniquidades para que podamos ser redimidos y nacer de nuevo espiritualmente.

“Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios”.

1 Corintios 6:20

“Habéis sido comprados”, es decir, Jesucristo ya nos ha comprado para que seamos del Padre, y pagó el precio con Su sangre, es decir, con Su vida, porque en la sangre está la vida de una persona. ¿Cuánto vale la vida de Cristo? Ese es el valor de Su sangre, derramada a nuestro favor. ***“Habéis sido”*** indica una realidad consumada: ya hemos sido comprados y pertenecemos a Cristo. Ahora somos Suyos.

Cuando dice “comprados”, significa que ya no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino a Cristo, quien nos compró. Esto implica que Cristo nos rescató del mercado del pecado, pagando con Su sangre eterna y maravillosa.

“Sabido que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros”.

1 de Pedro 1:18 al 20

“Fuisteis rescatados”, una verdad consumada. Hemos sido liberados para no seguir siendo esclavos del pecado, sino para ser esclavos de la santidad a través de Cristo. El valor de

la sangre de Cristo es infinito, pues es sangre eterna, poderosa y siempre vigente, aplicada por el Espíritu Santo. Nos compró y rescató para ser vasos de honra que lo contienen a Él. En el momento en que fuimos comprados, Cristo mismo se imparte en nosotros, mezclando Su vida con la nuestra. Ahora somos uno con Él y Su vida se manifiesta a través de nosotros en nuestras relaciones con los demás.

“Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: 'Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos, porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje, lengua, pueblo y nación’”.

Apocalipsis 5:9

“***Nos has redimido***” significa que la persona redimida es liberada de todo lo que la mantiene en esclavitud. Las cadenas caen, y por el poder de Su sangre, hemos sido “redimidos para Dios”. Según esta redención mencionada, somos introducidos al cielo mismo cuando el Redentor toma posesión de los hijos de Dios, lavados con la sangre del Cordero.

2) “***Exagorazo***”, que también significa “comprar”, se refiere a comprar en el mercado y adquirir para uno mismo. **Gálatas 3:13** utiliza este término para destacar la liberación otorgada a los judíos cristianos respecto a la ley y su maldición, por medio de la obra de Jesucristo. Sin embargo, la redención también alcanza a los gentiles, que descendemos de los pactos hechos por Dios con Abraham.

“Para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe debiésemos la promesa del Espíritu”.

Gálatas 3:14

Nosotros, los gentiles, no estábamos bajo el Antiguo Pacto establecido con el pueblo de Israel por medio de Moisés, sino que descendemos de Abraham, quien no tuvo ninguna ley que guardar.

“Porque si la herencia es por la ley, ya no es por la promesa; pero Dios la concedió a Abraham mediante la promesa”.

Gálatas 3:18

Aquí se refleja claramente la libertad del hombre redimido por el Señor. El redimido es posesión del Señor y no volverá a ser vendido en el mercado otra vez. Se describe una escena judicial donde Cristo reclama que ha adquirido la libertad de las personas esclavizadas.

Antiguamente, se realizaban subastas de esclavos en plazas públicas; los esclavos eran ofertados y vendidos al mejor postor. Quien compraba un esclavo podía hacerlo suyo, revenderlo o redimirlo, es decir, liberarlo completamente de su esclavitud. Jesucristo nos compró para ser Suyos, y ahora vivimos en la libertad que Él nos ha otorgado al comprarnos con Su sangre. “Vivimos solo para Él”.

3) **“Lutron”**, que significa: “liberar mediante el pago de un rescate”.

“Quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras”.

Tito 2:14

Somos el pueblo exclusivo de Dios, ahora redimidos para realizar las buenas obras que Él ya preparó de antemano. Él se ha impartido en nosotros, nos ha purificado y nos ha poseído por completo. Somos Su pueblo propio; pertenecemos a Aquel que nos ha comprado. El término **“lutron”** también aparece en:

“Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar Su vida en rescate por muchos”.

Marcos 10:45

Este pasaje muestra que el propósito del Señor es rescatar a muchos, y que Su sacrificio tenía un valor tan alto que no fue solo por algunos, sino por muchos.

El vocablo derivado **“apolutrosis”** es una de las grandes palabras del Nuevo Testamento. Significa “redimir a alguien mediante el pago de un precio” y “dejar a una persona libre una vez recibido ese precio”. En **Efesios 1:7** se destaca la redención de la culpa y la condenación del pecado mediante la frase calificativa “la remisión de pecados”,

subrayando que el precio pagado fue la sangre del Hijo de Dios.

“En quien tenemos redención por Su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de Su gracia”.

Efesios 1:7

Estos términos resaltan la gran idea de que Cristo nos ha redimido para darnos libertad plena. Nunca volveremos a la esclavitud o la condena del pecado, ni a nada que quiera mantenernos cautivos si permanecemos en Cristo.

Es la idea de la seguridad que tiene todo aquel que se refugia por la fe en el Redentor. Cristo no se limitó a transferirnos de un amo a otro; en lugar de eso, nos compró para darnos libertad plena y someternos voluntariamente a Él para vivir una vida victoriosa. Aquel que ha sido hecho libre tiene el privilegio de entregarse totalmente a quien lo redimió, alcanzando así la victoria. ¡Bendita gracia la de la cruz, que nos compró para Cristo!

La redención nos reconcilia y nos pone en paz con Dios. Esencialmente, la reconciliación consiste en poner fin a la enemistad entre Dios y los hombres. Cuando dos partes están enemistadas, una de ellas puede decidir hacer las paces para lograr la reconciliación. Dios, quien estaba enemistado con el hombre a causa del pecado, decidió hacer las paces enviando a Su Hijo a reconciliar al mundo consigo.

“Porque si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida”.

Romanos 5:10

La reconciliación es un cambio en la relación entre Dios y los hombres, basado en la satisfacción que Cristo ofreció a través de Su muerte en nuestro favor. Más que el establecimiento de buenas relaciones, implica la eliminación de un profundo desacuerdo que nos había convertido en “hijos de ira”. Tal como se describe en las Escrituras, es un cambio de un estado de enemistad a uno de reconciliación y amistad; un “cambio a felicidad y gozo” entre Cristo y los creyentes.

“Y por medio de Él reconciliar todas las cosas consigo, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de Su cruz”.

Colosenses 1:20

La reconciliación es obra de Dios, quien ejerce Su gracia hacia nosotros, los pecadores, basándose en la muerte expiatoria de Cristo. Dios nos ruega que abandonemos nuestra actitud de rebeldía y establezcamos relaciones de paz con Él. Dios hizo a Cristo, quien no conoció pecado, pecado por nosotros. Es importante notar que la Escritura no dice que Cristo se hizo pecador, sino pecado, lo cual significa que Dios trató a Su Hijo inocente como si fuera el objeto de Su ira y juicio en lugar de nosotros. En la cruz, el pecado del mundo fue juzgado, perdonado, limpiado y quitado.

Reconciliar es dar fin a un estado de enemistad y sustituirlo por uno de paz y buena voluntad entre dos o más personas. Implica un “cambio de lugares”, pasando de un estado de juicio y condenación a uno de aceptación y justificación. Cuando Pablo dice que “Dios nos reconcilió consigo mismo por Cristo”, significa que Dios nos ha restaurado a Su favor de una vez por todas, creando un estado de paternidad y amistad con el hombre. Es una clara iniciativa de Dios por amor a nosotros.

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación”.

2 Corintios 5:17 y 18

Este pasaje nos muestra claramente que ahora el Padre nos ve como nuevas criaturas: “sus hijos amados”. Ante sus ojos, todo lo viejo que había en nosotros es ya pasado, un pasado terminado. Notemos esto: “nos reconcilió consigo mismo”. Es una obra nacida en el corazón de Dios, fruto de su misericordia y amor hacia nosotros. “Nos reconcilió”. Ya está hecho, es una obra terminada. Y tal es la importancia de esta obra, que nos dio a nosotros el ministerio de la reconciliación, para que hablemos a otros, invitándolos a volverse a Dios, porque Él anhela tener muchos más hijos e hijas, para luego hacerlos sus herederos.

¡Cuánto amor expresado y manifestado en la obra de la cruz! Ya estaríamos viviendo un avivamiento personal y colectivo si de verdad recibiéramos en nuestro corazón la maravillosa obra de su gracia impartida en la cruz.



Capítulo seis

LA SUSTITUCIÓN Y LA CRUZ

Rodolfo Arnedo

“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”

2 Corintios 5:21

Dios, viendo a los hombres perdidos a causa de su pecado, tomó sus pecados y los cargó sobre su Hijo unigénito, haciendo que Aquel que no conoció pecado se convirtiera en pecado por ellos. Como consecuencia de esta transferencia, quien cree en Cristo Jesús es hecho justo y recto, es hecho justicia de Dios en Cristo. Cristo fue hecho pecado para que los pecadores pudieran ser justos. Esta es la sustitución de nuestro Señor Jesucristo a favor de los culpables, ocupando nuestro lugar. Esto solo puede ser comprendido por una mente vivificada, consciente de la naturaleza y la perversión moral del pecado y sus consecuencias.

Consideremos primero quién fue hecho pecado por nosotros. La descripción de nuestro gran Garante aquí presentada abarca solo un punto, pero es suficiente para esta

meditación: nuestro sustituto era sin mancha, inocente y puro. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado”. Además, debió identificarse con la raza humana, bajar a nuestro nivel. Siendo Dios, se hizo hombre para estar en medio de nosotros, viviendo como uno más, pero sin pecado. Cristo Jesús, el Hijo de Dios, se encarnó y anduvo entre los hombres; aunque fue hecho semejante a la carne pecadora, no conoció pecado. Aunque cargó con el pecado, nunca fue culpable (**1 Pedro 3:18**).

No era ni podía ser pecador, no tenía conocimiento personal del pecado. A lo largo de toda su vida nunca cometió una ofensa contra la gran Ley de la verdad y del bien. La Ley moraba en su corazón; era su naturaleza ser santo y justo. La Palabra de Dios nos muestra de manera clara y contundente la muerte de Jesús como sacrificio y el designio especial de gracia de ese sacrificio: una expiación por el pecado. Si esto se niega, ¿cómo podemos interpretar los importantes pasajes que siguen?

“Más él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados... más Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”

Isaías 53:5 y 6

“Porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados”

Mateo 26:28

“Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos”

Romanos 5:6

“En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia”

Efesios 1:7

“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados”

1 Juan 4:10

Volvamos a las asombrosas expresiones: “Herido por nuestras rebeliones”. “Molido por nuestros pecados”. “Cargó en él el pecado de todos nosotros”. “Mi sangre... derramada para remisión de los pecados”. “Murió por los impíos”. “Lo hizo pecado”. “En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados”. “Propiciación por nuestros pecados”. ¿Qué vemos aquí sino la sangre que hace expiación por el pecado, lo quita de nosotros y produce la satisfacción total ante el Padre? De esta forma, Jesucristo al morir en nuestro lugar se convirtió en nuestro sustituto.

¿Cómo explicamos los sufrimientos de Cristo, que fueron intensos y misteriosos, si no es sobre la base de su carácter de sustituto? Estos sufrimientos fueron extremadamente intensos. Hay en ellos una severidad que, si no fuera por los requerimientos de la justicia divina, serían incomprensibles. La justicia de Dios exigía reparación por el

pecado, y Jesucristo ocupó el lugar que nosotros debíamos ocupar. En ese sentido, Él se convirtió en nuestro sustituto.

Cielo, tierra e infierno conspiraron en su contra. Repasemos su historia: observemos cada paso que dio desde Belén hasta el Calvario. ¿Qué aprendemos de sus sufrimientos, sino que fueron tremendos y sumamente intensos? Sus enemigos, como perros entrenados para la guerra, arremetieron contra Él. Incluso aquellos que profesaban seguirle se quedaron paralizados ante lo que sucedía. Uno lo traicionó, otro lo negó, y todos, en su hora más extrema, lo abandonaron. Por tanto, no nos extrañe que, en la angustia de su alma, su humanidad exclamara:

“Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”

Lucas 22:42

En ese terrible momento, toda la ira de Dios por los pecados de su pueblo se desató sobre Él. El Padre, su último recurso de consuelo, apartó su rostro, privándolo de su reconfortante presencia. En la cruz, mientras bebía las últimas gotas de la copa de sus sufrimientos, cumplió la profecía:

“He pisado yo solo el lagar, y de los pueblos nadie había conmigo”

Isaías 63:3

Sus sufrimientos también fueron misteriosos. ¿Por qué un ser santo e inofensivo, cuya vida entera había sido un acto de bien sin paralelos, tenía que ser condenado a una persecución tan grave, a sufrimientos tan agudos y a una muerte tan dolorosa e ignominiosa? Avergoncémonos por este relato quienes negamos la expiación (tapar, cubrir, quitar). La doctrina de un sacrificio vicario lo explica todo y presenta la clave del misterio:

“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.”

2 Corintios 5:21

“Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición.”

Gálatas 3:13

Todo el misterio ha desaparecido. “Por nosotros lo hizo pecado”. Fue “hecho por nosotros maldición”. Cargó con el pecado y, consecuentemente, con la pena del pecado. Amados hermanos, si tuviéramos que cargar con nuestros pecados, tendríamos que pagar solo el castigo por ellos. Pero Jesús tomó sobre sí los pecados de toda la humanidad y también nuestros pecados. Para esto, fue partícipe del pacto de redención. Para esto, asumió nuestra naturaleza humana. Para esto, sufrió en el Getsemaní. Para esto, la Ley de Dios lo condenó a la pena máxima. Y para esto, la justicia de Dios lo hizo pagar esa pena de muerte. Para ser nuestro sustituto.

¡Oh, cuánta verdad hay en esto! ¡El Hijo de Dios ofreciéndose como sacrificio por el pecado! El que no conocía pecado, que era santo, inofensivo y puro, sin un pensamiento malo en su corazón, ¡aun así fue hecho pecado o una ofrenda por el pecado! ¡Esto es demasiado profundo para nuestra mente finita! De no haberlo declarado el mismo Dios, no hubiéramos podido creerlo, aun si lo hubiera anunciado la trompeta de un ángel. ¡Dios mismo lo proclamó! Y porque lo hizo, lo creemos. Solo Dios lo puede escribir en el corazón del ser humano. ¿Jesucristo, fue esta la finalidad y el designio de tus sufrimientos intensos y misteriosos? ¿Fue que tenías que obedecer, cargar con el pecado del mundo entero, sufrir la maldición de la ley y humillarte en la muerte para que yo fuera libre? ¿Fue todo esto en mi lugar y por mí?

¡Oh, gracia infinita y gratuita! que siendo Dios mismo se encarnara para hacerse hombre, que el Santo cargara con el pecado de tal manera que fuera objeto de la justicia más severa, como si él mismo fuera el pecador; en lugar de ser nosotros condenados y juzgados, que tuviera que vaciar la copa, ofrecer su espalda para ser flagelado, soportar la vergüenza, la burla, el escarnio, las escupidas y, por último, ser crucificado en la cruz y derramar la última gota de su sangre preciosa. ¡Y todo esto por nosotros, rebeldes y llenos de iniquidad! ¿Hubo alguna vez un amor semejante a este? ¿Lo podemos percibir?

Corresponde ahora demostrar, por medio de la Palabra de Dios, que la expiación del bendito Redentor fue para

borrar y quitar plena y completamente los pecados del creyente.

“En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez y para siempre. Y ciertamente todo sacerdote, está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados pero Cristo habiendo ofrecido una vez y para siempre un solo sacrificio por los pecados; se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies; porque con una sola ofrenda nos hizo perfecto para siempre a los santificados”.

Hebreos 10:10 al 14

Necesitamos detenernos para reflexionar en la enorme importancia de esta verdad. Los sacerdotes, día tras día, debían ofrecer sacrificios para expiar los pecados de la gente, que solo eran tapados temporalmente. En cambio, Cristo no solo quita el pecado, sino que, con esa ofrenda de sí mismo, ***“nos hizo perfectos para siempre a los santificados”***. Así nos ve el Padre ahora.

Es necesario mencionar cuán estrechamente depende de Cristo la paz, la santificación y la gloria eterna del pecador. No sé si debemos o podemos conformarnos con un conocimiento superficial de la verdad de que Cristo quitó el pecado de en medio. Uno puede creerlo y, no obstante, no disfrutar de la bendición, paz, santificación y poder de este hecho. Nuestros pecados han sido quitados por completo;

ahora estamos libres de culpa y cargo ante los ojos de Dios. ¿Por qué no vemos la profundidad e importancia de esto? ¿Por qué no profundizamos plenamente lo que es vivir la verdad por experiencia propia?

Podríamos decir también que nuestros conceptos del pecado son superficiales y muy poco serios; no consideramos su enorme ofensa ante un Dios santo y puro, que se obligó a sí mismo por amor a condenar a Su propio Hijo en lugar nuestro. ¡Que el Espíritu Santo abra nuestros ojos espirituales!

Antes de considerar lo completo de la expiación de Cristo, sería bueno dar un vistazo a la base o causa por la que fue tan completa. Esto nace de la dignidad infinita de su Persona: su deidad y santidad constituyen la base de su obra perfecta. Garantiza, por así decir, el resultado glorioso de su expiación. Fue esto lo que dio perfección y virtud a su expiación. Fue esto lo que hizo que su sangre fuera eficaz para perdonar el pecado y para la justicia, de modo que Él logró una justificación y redención completa para nosotros. Toda su obra hubiera sido incompleta sin su deidad y santidad. Ningún Salvador humano, creado por Dios, podía haber dado total satisfacción a una ley infinita quebrantada por el hombre, la cual clamaba por justicia. Se necesitaba un Salvador de esa categoría: Emanuel, Dios con nosotros, que se hizo hombre para redimirnos.

Se requería una obediencia que fuera, en todo sentido, igual en gloria y dignidad a la ley que había sido violada. Los

derechos del gobierno divino tienen que ser mantenidos, la pureza de la naturaleza divina tiene que ser resguardada y el honor de la ley divina tiene que ser vindicado. Para lograrlo, Dios mismo tenía que hacerse carne; para realizar esto totalmente, ¡el Dios encarnado tenía que morir! ¿Podrá el ser humano tomar conciencia de esta magnífica obra a nuestro favor?

Sellada, como lo está la obra de Cristo, con la gloria infinita y la dignidad de su deidad, no será tarea fácil valorar lo que hizo a nuestro favor cuando borró por completo todo pecado, y cuando logró la justificación, la redención y comenzó la regeneración completa de la persona.

El perdón de los pecados del creyente es un perdón completo, único, sin igual. No sería ningún perdón si no fuera un perdón completo. Si fuera solo borrar parcialmente el espeso nubarrón de nuestras iniquidades, si fuera solo una cancelación parcial de la sentencia de muerte, si fuera el perdón de solo algunos pecados, entonces el evangelio no sería buenas nuevas para las personas.

La Ley de Dios lo ha declarado culpable de una violación total. La justicia de Dios demanda una satisfacción equivalente a la enormidad de los pecados cometidos y de la culpa en la que incurrió. El Espíritu lo ha convencido de su total impotencia, su completa bancarrota. ¿Qué alegría podría sentir ante el anuncio de una expiación parcial, de un Salvador a medias, del pago de una parte de la deuda? No le

produciría ni un ápice de gozo. El evangelio ya no sería las buenas noticias de salvación.

Al contrario, una burla así ante su desgracia profundizaría la angustia de su espíritu. Pero, acerquémonos a las personas cansadas y cargadas de pecado que lamentan su dolor, vileza e impotencia, y proclamémosles el evangelio. Digámosles que la expiación que Jesús ofreció en el Calvario fue una satisfacción completa de sus pecados. Que todos sus pecados fueron cargados y borrados en ese momento terrible. Que la deuda se canceló completamente, que la justicia divina que tenía preparado juicio contra el pecador fue cancelada en su totalidad por la obediencia y los sufrimientos de Cristo, y que, aplacado y satisfecho, Dios está “listo para perdonar”. ¡Qué hermosos son los pies que llevan noticias tan extáticas como estas!

Por la redención efectuada en la cruz, el Padre nos adopta como hijos. Con todo, Dios va más allá de proporcionarnos una relación correcta consigo mismo. También nos lleva a una relación nueva; nos adopta y nos hace parte de su familia. El término legal “adopción” identifica aquel acto de gracia soberana por medio del cual Dios nos da a todos los creyentes absolutamente todos los derechos, privilegios y obligaciones relacionados con pertenecer a su familia, a los que recibieron a Jesucristo.

“Y el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”.

Romanos 5:16

La enseñanza del Nuevo Testamento sobre la adopción nos lleva desde la eternidad pasada, a través del presente, y hasta la eternidad futura. El Apóstol Pablo dice que Dios **“nos escogió en él (en Cristo) antes de la fundación del mundo”** y **nos predestinó “para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo”** (Efesios 1:4-5).

Con respecto a nuestra experiencia presente, dice: **“Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción por el que clamamos en nuestro propio idioma, Padre: ¡Abba!**, que en arameo significa “Padre”, (Romanos 8:15).

Somos hijos de pleno derecho, aunque aún no seamos totalmente maduros. Entonces, en el futuro, cuando dejemos a un lado la mortalidad, recibiremos **“la adopción, la redención de nuestro cuerpo”** (Romanos 8:23). La adopción es una realidad presente, pero se realizará de manera total en la resurrección de entre los muertos. Dios nos concede estos privilegios de familia a través de la obra redentora de su Hijo único, Aquél que no se avergüenza de llamarnos hermanos (**Hebreos 2:11**). Notemos algo fundamental: Hasta dónde Dios nos ama, haciendo todo esto en la cruz a nuestro favor.

“Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo, y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo.”

Gálatas 4:6 y 7

La gracia de la sanidad divina:

En primer lugar, la sanidad se encuentra en la Biblia, y la Biblia, que es inspirada por el Espíritu Santo, es para nosotros hoy.

“Porque: Toda la palabra es como la hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; más la Palabra del Señor permanece para siempre.”

1 Pedro 1:24 y 25

El mismo Jesucristo revelado en las Escrituras como Sanador es el mismo Señor al que servimos hoy, y sigue haciendo las mismas obras que hizo antes: ***“Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”*** (Hebreos 13:8). Hay una gran continuidad en la persona, el carácter y la obra de Cristo después de su muerte, resurrección y ascensión. Jesucristo sigue efectuando hoy, a través de la iglesia, los mismos milagros y sanidades que hizo cuando estuvo en la tierra. “Es el mismo”, no ha variado en absoluto.

La segunda razón para creer en la sanidad divina es el hecho de que se encuentra dentro de la obra expiatoria de Cristo. La enseñanza bíblica sobre la sanidad es paralela a su enseñanza sobre la salvación. En la salvación se incluye la sanidad de nuestra vida en todos sus aspectos, y toda ella “brota de la expiación”. Todos los dones “buenos y perfectos” que proceden de lo alto son consecuencia de la cruz de Cristo. Así como la expiación llevada a cabo por

Cristo hacia nuestros pecados, lo mismo fue efectuada nuestra sanidad. Si Él “quitó” el pecado, por ende también tiene poder para “quitar” la enfermedad.

“Quién llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados”

1 de pedro 2:24

Mateo al igual que el apóstol Pedro, comprendió el pasaje del Siervo sufriente **Isaías 53** en función del hecho de que el ministerio de sanidad de Jesús formaba parte de su obra expiatoria.

“Y cuando llegó la noche, trajeron muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera los demonios, y sanó a todos los enfermos; Para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: El mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias”

Mateo 8:16 y 17

La tercera razón para creer en la sanidad divina se encuentra en la convergencia entre las enseñanzas de la Biblia sobre la salvación y la naturaleza de la humanidad. El ser humano no es una desarticulada asociación de cuerpo, alma y espíritu; es una unidad muy real, y la salvación debe tener aplicación a todas las facetas de la existencia y el cuerpo humano. La sanidad debe ser completa: emocional, psíquica, mental y física. Este es un tema verdaderamente bíblico que

necesita una renovación en su énfasis: el evangelio entero es para la persona entera. La persona no es un almita, como se dice normalmente; es una persona completa: cuerpo, alma y espíritu.

“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo...”

1 Tesalonicenses 5:23

La última enseñanza sobre la sanidad divina es la creencia de que debemos tener para comprender la salvación, en última instancia, como una restauración del mundo caído a causa del pecado. Dios está opuesto al sufrimiento humano, porque el sufrimiento no es consecuencia de su voluntad, sino de la caída del ser humano en el Jardín del Edén. Debemos entender la redención como el plan de Dios para restaurar a toda la creación, y en especial a la humanidad, incluida nuestra sanidad completa.

“Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos”.

Romanos 5: 19

Jesucristo fue propicio para redimirnos de nuestros pecados:

“y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo”.

1 de Juan 2:2

La propiciación trata, al igual que la expiación, con la obra de la cruz de Cristo. Ambas se refieren a una sola y misma obra, pero la consideran desde puntos de vista distintos. Estos dos conceptos aparecen con frecuencia en la enseñanza bíblica, vinculados con la cruz de Cristo:

- 1) La expiación tiene por objeto el pecado. Su propósito es taparlo, cubrirlo (eso era en el Antiguo Pacto). En el Nuevo Pacto es quitarlo, destruirlo, borrarlo.
- 2) La propiciación tiene como sujeto a Dios. Su propósito es pacificarlo.

Dado que ambos términos, propiciación y expiación, están estrechamente relacionados, vale la pena establecer su diferencia.

Una persona que está airada y ofendida por el pecado (Dios) es propiciada o apaciguada por el sacrificio expiatorio de Cristo. En cambio, el pecado que pesa sobre la conciencia del ofensor (nosotros) es expiado, en el sentido de que es quitado, borrado. Este concepto de propiciación es fundamental; pone énfasis en la satisfacción que Dios debe recibir como gobernador moral del mundo, antes de que pueda extender su misericordia a la humanidad caída.

En la propiciación hay cuatro elementos:

Hay una ofensa que tiene que ser quitada, que tiene que ser reparada. Hay una persona ofendida, que tiene que ser

reconciliada. Hay una persona ofensora, que es culpable. Tiene que haber un sacrificio para expiar la ofensa.

Todo esto puede verse en lo que acontecía el gran día de la expiación, en el Antiguo Pacto. Recordemos qué pasaba aquel gran día. El sumo sacerdote, en la antigüedad, entraba al lugar santísimo; lo hacía una vez por año, llevando los pecados de la nación. Entraba con sangre ajena, pues un animal había sido sacrificado. El sumo sacerdote tomaba esta sangre, atravesaba el velo y ofrecía esa sangre a Dios. Dios aceptaba esta ofrenda, y entonces el sumo sacerdote, ante la presencia de todo el pueblo congregado por Dios, salía, y el pueblo conocía que sus pecados habían sido expiados y cubiertos por otro año más.

La Escritura nos dice algo más sobre esto: dice que había dos querubines mirando hacia el propiciatorio; el propiciatorio era una cubierta, una tapa, una plancha de oro, la cubierta o cobertura que estaba sobre el Arca del Pacto. Debajo del propiciatorio estaba la Ley de Dios. Cuando el sumo sacerdote rociaba la sangre del sacrificio, ¿qué anunciaba? Anunciaba que Dios estaba satisfecho con la ofrenda; anunciaba que la Ley de Dios había sido honrada y anunciaba que el pueblo estaba perdonado.

“A quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, sus pecados pasados.”

Romanos 3:24

Estos aspectos que el Antiguo Testamento señala son de la mayor importancia para nosotros. Pablo enseña que lo que Cristo hizo mediante su muerte en la cruz fue pacificar la ira de Dios. Cristo, cubierto con su propia sangre, desempeña ahora el papel del propiciatorio en el gran día de la expiación.

La muerte de Cristo fue propiciatoria, en el sentido de que, en su muerte, Cristo sufrió el justo juicio de Dios por el pecado del hombre.

“En qué consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.”

1 Juan 4:10



Capítulo siete

LA JUSTIFICACIÓN Y LA CRUZ

Rodolfo Arnedo

¿Qué es la justificación? La justificación se podría definir como un acto por el cual a una persona infractora de la ley se le declara justa porque otro pagó su deuda. Es el acto soberano de Dios por el cual somos declarados justos siendo pecadores, porque Jesucristo murió en la cruz para pagar por ellos. Esta justicia solo podemos recibirla por gracia y por medio de la fe.

“Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación.”

Romanos 10:10

La justificación, que viene de parte de Dios, es un acto de su infinita gracia, que nos es dada por medio de la fe en Cristo Jesús. Y por el hecho de haber creído, y luego arrepentirnos de nuestros pecados, la sangre de Cristo nos limpia por completo y Dios nos declara justos ante su presencia. Es decir, el Padre nos acepta en calidad de justos y nos trata como tales delante de Él, a través de la justicia de

Cristo atribuida a nosotros y recibida por la fe, al momento de haber creído y recibido a Cristo.

“El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”

Romanos 4:25

¿Qué es la justificación?

La justificación es el resultado de haber sido aprobados por Dios en conformidad con Su norma de justicia y equidad, no dejar pasar por alto nuestros pecados y haberlos juzgados en Cristo. La norma es Su justicia, no la nuestra. La condición para ser declarados justos fue haber creído en la obra de Jesucristo. Es decir: que se hizo hombre siendo Dios, murió en la cruz para el perdón de nuestros pecados, resucitó entre los muertos y subió a los cielos en gloria.

Aunque pensemos que somos justos, nuestra justicia solo alcanza medio centímetro. Por muy justos que seamos o por muy justos que nos creamos, nuestra justicia medirá, como mucho, uno o dos centímetros.

“Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapos de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento.”

Isaías 64:6

¿Cuánto mide la justicia de Dios? ¡Es ilimitada! ¿Cree usted que Dios puede aprobarnos basándose en nuestra propia justicia por guardar la ley o por tratar de ser buenas personas? Es imposible. Es posible que uno actúe rectamente con todos los que le rodean, con sus padres, sus hijos y sus amigos, pero esa justicia jamás será capaz de justificarnos ante Dios por los pecados que hemos cometido.

Uno podrá justificarse conforme a su propia norma de justicia, pero dicha norma no lo capacitará para ser justificado por Dios conforme a Su norma de justicia. Necesitamos ser justificados por la fe, porque esa es la forma, la condición, la norma y la manera de ser aprobados por Él. Ser justificados ante Dios por la fe significa ser aprobados por Él conforme a la condición y norma de Su justicia. No hay otra forma de ser aprobados:

“Pero sin fe es imposible agradar a Dios...”

Hebreos 11:6

¿Cómo puede Dios justificarnos de esta manera? Lo puede hacer porque se basa en la redención de Cristo. Es decir, porque fuimos comprados por la sangre de Cristo. **(1 Pedro 1:18 al 20)**. Fuimos rescatados de nuestra vana manera de vivir por una sangre más preciosa que la plata y el oro. Somos justificados cuando la redención de Cristo es aplicada a nosotros. Si no hubiera tal redención, le sería imposible a Dios justificarnos. Haber sido comprados y rescatados por Cristo, y ser hechos uno con Él es la base de la justificación.

A través de la fe en Cristo:

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios”.

Romanos 5: 1 y 2.

Cuando reconocemos que hemos pecado contra Dios, y creemos que la sangre de Jesucristo lo limpia por completo, y como muestra de haber creído, nos arrepentimos de haber estado lejos de Dios viviendo una vida de pecados, Dios pone la obra de la cruz a favor nuestro.

Pero esta justicia, la cual trae una relación de paz con Dios, es efectuada a través de la fe en Cristo Jesús, quien, por una obra de gracia efectuada en la cruz, no solo nos limpia de todo pecado con su sangre, sino que nos declara justos por el hecho de creer en Él. El pecador, ahora creyente, es visto, declarado y tratado como justo cuando acepta y recibe a Cristo en su corazón por medio de la fe.

Antes de recibir a Cristo, éramos totalmente personas injustas, y aún después de habernos arrepentido y ser parte del cuerpo de Cristo, seguiremos cometiendo actos de injusticia. Por ello, la gracia de la justificación no es que nos hace justos, sino que Dios nos declara justos de culpa y cargo, por haber creído que Jesucristo murió por nosotros, recibiendo Él un castigo que era para nosotros. Ahora

gozamos de comunión con Dios, habiendo sido declarados justos.

“Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira”.

Romanos 5: 9

La justicia de Dios se manifiesta en Cristo...

“Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; La justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él.

Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y El que justifica al que es de la fe de Jesús”.

Romanos 3:21 al 26

La Biblia menciona cinco facetas de la justificación:

Primera faceta: El creyente es justificado por Dios. Esta es la fuente de justificación; esto es justicia planeada (**Romanos 3:26**).

Segunda faceta: El creyente es justificado por sangre. Esto es justicia provista por Dios para todo aquel que cree que la sangre de Jesucristo fue derramada a su favor, y lo limpia de todo pecado (**Romanos 3:24 y 25**).

Tercera faceta: El creyente es justificado por creer que Cristo murió en su lugar porque la paga del pecado es muerte (**Romanos 6:23**). Este es el medio de la justificación; esta es la condición puesta por Dios, el hombre es justificado por creer (**Romanos 3:28**).

Cuarta faceta: El creyente es justificado por gracia. Este es el principio de operación de la justificación. La justificación opera en base a la gracia; esta es la esencia de la justificación. Esta es una obra de gracia recibida gratuitamente por el que se acoge a ella por fe (**Romanos 3:24**).

Quinta faceta: El creyente es justificado por el Espíritu. El Espíritu Santo es el agente de justificación; esto es el poder de la justificación.

“Y esto eráis algunos; más ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo, y por el Espíritu de nuestro Dios.”

1 Corintios 6:11

La justificación siempre es en una base justa; alguien tuvo que pagar por el pecado de la humanidad. Hay un reclamo de la Ley de Dios en contra del pecador, y este

reclamo debe ser satisfecho para que la justificación ocurra. La manera en que la Ley de Dios es justificada es que la justicia del Mesías le es imputada al creyente, para que el creyente sea absuelto; por tanto, la justificación es siempre en una base justa.

A Jesucristo se le imputó nuestro pecado, y a nosotros se nos imputó toda su justicia; allí vemos que hubo un intercambio divino en la cruz.

Tiene que quedar claro que la justificación consiste en que Dios pone lo mejor que tiene, la vida de su Hijo, y la obra de Cristo en la cruz a nuestra cuenta, y de esa manera cancela la deuda del pecado; Él declara que todo reclamo contra nosotros está satisfecho; somos declarados justos porque la justicia de Cristo efectuada en la cruz es puesta a nuestra cuenta. De aquí en adelante, cuando nos mira, nos ve a través de la justicia de su Hijo, de allí que nos declara justos y nos trata como justos a nosotros.

El problema que nos instaló la religión es: “Nosotros, aparte de creer y arrepentirnos, debemos hacer algo más para ser vistos como justos a los ojos de Dios”. Por consiguiente, una cosa es servir porque ya fuimos declarados justos, y otra muy distinta es querer servir para ganarnos por méritos propios que Dios nos vea como personas justas.

Se trata de la justicia que Dios asigna, que Dios atribuye, que Dios otorga. Es la justicia que se le pasa a la cuenta del que se ha identificado con Cristo por medio de la

fe. La justificación por la fe depende de que Jesucristo era el cordero perfecto y propicio para la satisfacción de las justas demandas de Dios.

La vergüenza del pecado ha sido eliminada, porque nos presentamos ante Dios vestidos de la justicia de Cristo. La base de la justificación se encuentra en la justicia perfecta de Cristo que se le atribuye al pecador en la justificación. La base para el perdón de los pecados se encuentra en la cruz de Cristo, quien fue hecho maldición por nosotros.

Y la maldición de la ley que nadie pudo cumplir fue juzgada en la cruz. Por un solo acto, este sacrificio brinda satisfacción a Dios y, al mismo tiempo, perdona al pecador; solamente en Cristo Dios puede justificar al pecador, atribuyendo la justicia de Cristo al pecador que no tiene ninguna justicia por sí mismo porque nunca pudo cumplir la ley.

“¿No os dio Moisés la ley, y ninguno de vosotros cumple la ley? ¿Por qué pues procuráis matarme?”

Juan 7:19

Esta justicia atribuida al creyente no es una ficción. Es una justicia real. El hombre a quien Dios no imputa el pecado es declarado justo, y es ante Dios lo que importa. Es un pecador perdonado, realmente perdonado y, por tanto, realmente justo. Declarado justo, visto justo y tratado como justo.

Dios declara que considera y ve justo al impío que deja todas sus obras de justicia propia, y cree en Cristo como el Dios que, a base de la sangre derramada de Cristo, justifica al impío; lo declara justo, es decir, le computa y pone en su cuenta todo el valor absoluto, infinito de la obra de Cristo en la cruz, de su muerte expiatoria y de su resurrección.

El pecador deja de confiar en sus méritos propios, que son nulos ante Dios, y se entrega a la gracia de Dios derramada en la cruz.

“Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá.”

Romanos 1:16 y 17

¿Qué es el evangelio? Buenas noticias que se reciben por fe y para fe, porque el justo por la fe vivirá. Cómo el Apóstol Pablo se iba a avergonzar de tener tan buenas noticias. Imaginémonos ser vistos, declarados y tratados justos por el solo hecho de creer en la obra de Cristo.

Ya que Cristo nos redimió de la maldición de la ley, y tal maldición nos hacía enemigos de Dios, Cristo mismo se hizo maldición, para que por medio de la fe en Él, tuviésemos paz para con Dios, y de esa forma fuésemos justificados. La justicia de Dios se manifiesta por medio de la fe en Cristo, y a causa de nuestro pecado estábamos separados de la gloria

de Dios, de la paz de Dios. Cristo nos justificó, no por obras ni por cumplir mandamientos, sino por fe en su muerte en la cruz, y por medio de la fe en su sangre se manifiesta su justicia.

“Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (Porque está escrito: Maldito todo aquel que es colgado de un madero), para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu”.

Gálatas 3:13

Abraham creyó a Dios, y su fe le fue contada por justicia. Dios, quien justificaría a muchos por medio de la fe, le dio la buena nueva a Abraham, haciéndolo bendición de todas las naciones. Por medio de la fe de Abraham en la simiente, nosotros también somos bendecidos y justificados al creer en Cristo.

Ya que Cristo nos redimió de la maldición de la ley, y tal maldición nos hacía enemigos de Dios, Cristo mismo se hizo maldición, para que por medio de la fe en Él, tuviésemos paz para con Dios, y de esa forma fuésemos justificados. La justicia de Dios se manifiesta por medio de la fe en Cristo, y a causa de nuestro pecado estábamos separados de la gloria de Dios, de la paz de Dios.

Cristo nos justificó, no por obras buenas que nosotros hubiéramos hecho, ni por el esfuerzo propio de querer cumplir la ley, sino por fe en su muerte en la cruz, y por medio

de la fe en su sangre se manifiesta su justicia. La idea y el sentir de Dios al enviar a su Hijo a la cruz era para desenfocarnos de querer vivir por la ley, sacarnos de ese lugar legalista y llevarnos por su gracia a caminar por medio de la fe.

Esa misma gracia hace que nos ocupemos y pongamos nuestra mirada en Dios y en las cosas de Dios, mientras que las personas religiosas y legalistas se ocupan todo el tiempo de ellas mismas.

“Para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu”.

Gálatas 3:14

“Porque si la herencia es por la ley, ya no es por la promesa; pero Dios la concedió a Abraham mediante la promesa”.

Gálatas 3: 18



Capítulo ocho

EL PUNTO DE PARTIDA

Oswaldo Rebolleda

“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: El Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros”

Juan 14:16 y 17

La muerte de Jesucristo en la cruz del Calvario produjo la muerte del pecador, pero la resurrección dio vida a un nuevo ser, nacido para ser santo y morada de Dios en el Espíritu. El Nuevo Pacto es el Nuevo Hombre, y la realidad de la cruz generó lo que luego debe ser aplicado en la Fe.

En el antiguo pacto, vemos a varios hombres ungidos por Dios con un llamado específico. Algunos como profetas, otros como reyes y otros como sacerdotes, pero ninguno de ellos fue morada de Dios en el Espíritu. El Nuevo Hombre es un diseño insuperable y único. Si aprendemos a funcionar en Su dimensión, el mundo podrá conocerle.

En el Antiguo Testamento, vemos que el Espíritu Santo descendía sobre algunos personajes que operaron bajo la unción, pero el Espíritu no estaba dentro de ellos, sino sobre sus vidas; de hecho, hubo algunos escogidos como Moisés, que tenía la unción en una vara, como Elías, que la llevaba en su manto, o Sansón, quien la portaba en sus cabellos.

Estos hombres que tanto admiramos por sus proezas, funcionaron bajo unción y con grandes señales, pero ninguno de ellos tuvo lo que nosotros tenemos hoy. Ellos necesitaron altares, montes, tabernáculos o templos para que Dios se manifestara o para poder comunicarse con Él. Los continuos sacrificios no podían hacer perfectos a los santificados; sin embargo, en este Pacto maravilloso, como hemos visto, la sangre de Cristo nos limpia de todo pecado, y el Espíritu Santo viene a sellarnos y hace de nosotros una morada para Él.

Antes de que Jesús ascendiera al cielo, les dijo a sus discípulos que enviaría a uno que enseñaría y guiaría a todos aquellos que creen en Él (**Hechos 1:5**). La promesa de Jesús se cumplió en menos de dos semanas después de su ascensión, cuando el Espíritu Santo vino con poder sobre los creyentes en Pentecostés (**Hechos 2**). Ahora, cuando creemos en el Señor, inmediatamente el Espíritu Santo se convierte en una parte permanente de nuestra vida (**1 Corintios 12:13**).

Las Escrituras claramente indican que somos un templo santo para el Señor, es decir, el Espíritu Santo se

muda dentro de nuestro ser en el momento de la conversión. En Efesios 1:13, el apóstol Pablo escribió claramente sobre el momento exacto en el que recibimos el Espíritu Santo: ***“En él también ustedes, cuando oyeron el mensaje de la verdad, el evangelio que les trajo la salvación y lo creyeron, fueron marcados con el sello que es el Espíritu Santo prometido.”*** Además, en Romanos 8:9 explicó que simplemente ***“Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo.”***

“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir”

Juan 16:7 al 13

El Espíritu Santo ejerce muchas funciones en nuestras vidas. No solo reparte dones espirituales de acuerdo a Su voluntad (**1 Corintios 12:7 al 11**), sino que también nos consuela (**Juan 14:16**), nos enseña (**Juan 14:26**) y permanece en nosotros como un sello de promesa en nuestros corazones hasta el día que Jesús regrese (**Efesios 1:13**). El Espíritu Santo asume el papel de guía y consejero, guiándonos por el camino en que debemos andar y revelándonos la verdad de Dios (**1 Corintios 2:10 y 11**).

Una de las maneras más importantes para reconocer la guía del Espíritu Santo es estar familiarizado con la Palabra de Dios. La Biblia es la fuente principal de sabiduría acerca de cómo debemos vivir (**2 Timoteo 3:16**) y el Espíritu la utilizará para hablarnos (**Juan 16:12-14**), para revelarnos la

voluntad de Dios para nuestras vidas y además traerá Escrituras específicas a nuestra mente en los momentos en que más las necesitemos (**Juan 14:26**).

Pero hay una función clave y diaria del Espíritu Santo en nuestras vidas, y es traernos convicción de pecado, de justicia y de juicio (**Juan 16:8**). Eso no solo fue necesario para nuestra conversión, sino que es necesario cada día para detectar al viejo hombre, para llevarlo a la Cruz cada vez que procure manifestarse.

Hay hermanos que se aceptan como son y otros procuran cambiar por amor al Señor, pero en realidad el diseño de Dios es la fe en la obra de la Cruz. Cuando reconocemos malos pensamientos, sentimientos, palabras o acciones pecaminosas en nuestras vidas, el Espíritu Santo nos trae convicción, pero no para condenación, sino para que podamos arrepentirnos y nos otorga el poder para crucificar nuestro ser con la negación de dichos deseos.

La Cruz para nosotros hoy no es un par de maderos en el jardín de nuestra casa, donde podamos clavarnos todas las mañanas. Solo debe ser la fe en la obra de Cristo y el tomar el poder de la Cruz para morir a nosotros mismos. El Espíritu Santo nos conduce de la vida de Adán a la vida de Cristo, y mientras que la sangre trata con nuestros pecados, la Cruz trata con nuestra naturaleza pecaminosa.

*“Digo, pues: Andad en el Espíritu,
y no satisfagáis los deseos de la carne.*

Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis”

Gálatas 5:16 y 17

El Reino sin dudas tiene un diseño maravilloso y lleno de gracia, por eso lo consideramos revolucionario. Para que el Espíritu Santo pudiera habitar en nosotros, Jesucristo tuvo que enfrentar los procesos del Calvario. Su obra consumada nos otorga todos los derechos necesarios para una vida triunfante. Nosotros entramos al Pacto por regeneración y avanzamos a la plenitud de la vida de Cristo creyendo en esa obra y tomando de manera espiritual nuestra propia cruz.

Por supuesto, a Él le tocó la peor parte. Él lo hizo físicamente, nosotros lo hacemos por la fe en Su obra consumada. Él renunció a todo lo bueno que tenía para recibir todo lo malo que nos correspondía a nosotros. Nosotros debemos renunciar a todo lo malo para recibir todo lo bueno que viene de Él. Lo nuestro no se gestiona a través de simples obras; ya hemos dejado en claro que esto no es por medio de nuestras fuerzas ni por nuestra justicia. Nuestra cruz es el resultado de la gracia soberana. Hay una entrega voluntaria de nuestra parte, pero es Su obra la que hace realidad el proceso.

“En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu. Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo el Salvador del mundo.

*Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios,
Dios permanece en él, y él en Dios”*

1 Juan 4:13 al 15

El evangelio del Reino tiene un ir permanente hacia la cruz, pero solo para entrar en las dimensiones de la vida de Cristo y vivir en el poder de la resurrección. No debemos practicar por la fe el ir permanente a la cruz sin vivir el poder de la resurrección, porque es en esta dimensión en la cual podemos manifestar gobierno y autoridad.

Hay denominaciones que predicán continuamente el mensaje de la cruz, y está muy bien, el problema se produce si, después de la cruz, no predicán el Reino. Morir a nuestro “yo”, despojándonos de nuestra vieja naturaleza, tiene el objetivo de vivir bajo el gobierno del Padre y es bajo Su gobierno que recibimos autoridad y poder.

Los hermanos que viven tomando la cruz, que viven negándose cada día y no gobiernan nada, son hermanos sin gozo espiritual. Ellos no pueden explicarlo, pero saben que no tienen la plenitud que la Biblia propone, solo terminan aceptando que dicha plenitud vendrá con su muerte definitiva, y eso es triste porque se están perdiendo lo mejor del evangelio. Las iglesias que predicán el camino hacia la cruz y no enseñan sobre el gobierno del Nuevo Hombre están vacías de poder.

Negarnos cada día, despojarnos del viejo hombre, tomar nuestra cruz y seguirlo (**Mateo 16:24 y 25**) es

necesario, pero solo debe ser el portal para ingresar a la vida de poder que propone el Reino. La cruz de Cristo es suficiente ante el Padre, pero ante el mundo, necesitamos operar en la revelación de la misma.

*“Lo que es nacido de la carne, carne es,
Y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”*

Juan 3:6

Si determinamos el camino de la cruz, debemos recibir convicción del Espíritu Santo respecto de todo lo que signifique pecado en nuestras vidas. Luego, en la autoridad del mismo Espíritu y por medio de Su poder, debemos despojarnos de nuestra vieja naturaleza. Eso derroca al gobierno del alma, mata nuestro orgullo, mata nuestros deseos carnales, ordena nuestras prioridades y establece en nosotros los valores del Reino.

*“Más buscad primeramente el reino de Dios y su justicia,
y todas estas cosas os serán añadidas”*

Mateo 6:33

Cuando vivimos atravesando la revelación de la cruz, comenzamos a manifestar efectivamente la nueva vida espiritual, que es nada menos que la vida de Cristo en nosotros, el Nuevo Hombre. En Él practicamos el poder de la resurrección, eso es lo que hace posible el gobierno efectivo del Padre, eso es lo que nos posiciona en autoridad, lo que nos permite obtener sabiduría espiritual, lo que nos genera el querer y el hacer de Dios (**Filipenses 2:13**). Eso es lo único

que nos puede dimensionar hacia la plenitud de Dios. Después de la cruz, ya no nos pertenecemos; es Cristo en nosotros la esperanza de gloria.

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.”

Gálatas 2:20

La legalidad manifiesta el derecho de pertenencia. Es ilegal que procuremos hacer manejo de algo que no nos pertenece. La legalidad del Reino funciona en Cristo. Si vivimos en Él, tenemos todo lo que Él tiene y somos todo lo que Él es. Esa es la revolución diseñada por el Padre.

Con Cristo debemos tener la capacidad de renunciar a nuestra independencia y eso solo puede producirlo la cruz. Ahora buscamos ser gobernados por el Señor y eso solo es posible por la vida de resurrección. Con la vida de Jesús aprendemos de qué manera negaba su voluntad, aceptando siempre la perfecta voluntad del Padre.

“No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre”

Juan 5:30

Incluso en el Getsemaní, Jesús dijo: ***“Padre, hágase tu voluntad y no la mía...”*** Dando una clara evidencia de negación. Él no dijo: *“Padre, tengo tu misma voluntad, así que adelante con la cruz...”* Él reconoció no desear el sufrimiento que se le venía. Es lógico, sin embargo, renunció a sus confundidos sentidos y se entregó con confianza a los brazos del Padre, que sabía muy bien que era lo mejor.

“Aunque él era Hijo de Dios, por medio del sufrimiento aprendió lo que significa obedecer siempre a Dios”

Hebreos 5:8 LVS

Como hijos amados de Dios, debemos tomar nuestra cruz cada día y cada vez que sea necesario, debemos negar nuestros deseos carnales y desarraigarlos en el poder del Espíritu Santo. Sin embargo, es fundamental que aprendamos a vivir en el poder de la resurrección.

Morir cada día evitará que tratemos de discipular o educar a la vieja naturaleza (Adán), ya que esta está destinada a fracasar. Debemos procurar que Cristo sea formado en nosotros (**Gálatas 4:19**), porque ese es el Nuevo Hombre, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad (**Efesios 4:24**). Esa es la revolución de la cruz.

La iglesia no logrará manifestar plenitud educando a pecadores; la iglesia se manifestará de manera efectiva madurando a los santos renacidos. La religión trabaja con los esforzados pecadores. El Reino lo hace solo con la entrega de los santos renacidos.

“Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado con Él, para que nuestro cuerpo de pecado fuera destruido, a fin de que ya no seamos esclavos del pecado”

Romanos 6:6

“Y os habéis vestido del nuevo hombre, el cual se va renovando hacia un verdadero conocimiento, conforme a la imagen de aquel que lo creó”

Colosenses 3:10

Nuestra vida consiste en manifestar a Cristo en todo tiempo y lugar. Debemos hacerlo como vecinos, empleados, patronos, estudiantes, familiares, esposos, esposas o solteros. Simplemente ciudadanos, gente normal pero ungida, gente capaz de penetrar el sistema en todo estrato de la sociedad, manifestando la vida de Cristo en todo tiempo.

Debemos vivir en Cristo permitiendo Su manifestación en todas las áreas de nuestra vida. Pablo nos lo dice claramente: ***“Porque para mí el vivir es Cristo...”*** (Filipenses 1:21). No se puede vivir en Él sin el paso por la obra de la cruz, con fe en las verdades eternas y con poder en las realidades presentes.

Todos desarrollamos tareas diferentes en la vida, tenemos diferentes profesiones, familias y ámbitos de vecindad. Todos hacemos algo diferente, todos tenemos nuestro pequeño mundo. Todos tenemos diferentes preocupaciones, desvelos, anhelos y amores. Pero una cosa es necesaria en el Reino: que tanto lo bueno como lo malo

que nos ocurra ocupe un lugar secundario en nuestra vida. Ninguna persona, ningún bien material, ningún problema, dolor o disfrute debe ser el centro de su vida; solo Cristo es digno de esa posición. Esa es la centralidad de la cruz.

Con esto no quiero decir que no deban importarnos nuestras familias, trabajo o recursos; estoy diciendo que el primer lugar debe ser Cristo y que todas las demás cosas solo deben ser oportunidades para manifestarlo a Él. Si no encontramos a Cristo como el centro de todo lo que tenemos, de todo lo que somos o hacemos, nunca nos sentiremos viviendo en plenitud.

Estamos en el mundo para que Cristo sea magnificado en nosotros. No estamos para otra cosa. El éxito es secundario. Casarnos o no casarnos es secundario. Ser completamente felices o no ser felices en la tierra es secundario; todas estas cosas pueden trascender solo si son parte del propósito eterno en Cristo. Que se cumplan nuestros proyectos o no, no es lo más importante; lo trascendente es que podamos consumir Su propósito. Entiendo perfectamente que a nuestro ego esto no le suena nada bien, pero si determinamos vivir el Reino, esto es así.

“Hagan lo que hagan, trabajen de buena gana, como para el Señor y no como para nadie en este mundo, conscientes de que el Señor los recompensará con la herencia. Ustedes sirven a Cristo el Señor”

Colosenses 3:23 y 24 NVI

Si los méritos de la cruz, sea la salvación, la regeneración, la redención, la sustitución, la justificación, la santificación y la vida impartida en la resurrección, no son suficientes para una verdadera revolución, nada lo será. No hay poder más extraordinario que el de la obra consumada por Jesucristo. No comprender su centralidad y su trascendencia nos detendrá en gratitud, pero no en gobierno y en plenitud de vida.

La Iglesia en general siempre ha sido consciente de la obra del Calvario, pero creo que no hemos alcanzado la medida de la revelación respecto de su aplicación para el gobierno. Sin duda, todo cristiano, en cualquier lugar del mundo, expresará su alabanza a Jesús, pero un gran porcentaje no vive en la autoridad y el poder del Reino.

La revolución de la cruz es la gracia que nos reviste, no solo para rescatarnos, sino también para posicionarnos en autoridad y en poder. Ruego a Dios que en esta generación seamos capaces de elevarnos a esas dimensiones de manera corporativa. La revelación de unos pocos no ha sido lo suficientemente efectiva para impactar el mundo espiritual. Ha sido necesaria y gloria a Dios por los hombres y mujeres que históricamente han contribuido a la expansión de tal riqueza, pero de cara a los tiempos finales, será necesario que la Iglesia en su gran mayoría acceda a esta posición de gobierno que solo puede manifestarse desde la cruz.

“Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en

pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús”.

Efesios 2:4 al 7



Capítulo nueve

SIN CRUZ NO HAY TRONO

Oswaldo Rebolleda

“No me escogieron ustedes a mí, sino que yo los escogí a ustedes y los comisioné para que vayan y den fruto, un fruto que perdure. Así el Padre les dará todo lo que le pidan en mi nombre”

Juan 15:16 NVI

La muerte y la resurrección permanecen como un principio constante en nuestra vida para operar la pérdida del alma y el surgimiento del Espíritu. La cruz es el portal a las dimensiones del Reino y por eso es necesaria su revelación.

En el libro de Números, encontramos una historia tremenda que comenzó con una queja, producida por la envidia, y terminó con el pecado de murmuración. Esto siempre fue y es como una constante dentro del pueblo de Dios. Es curioso que todas las quejas vengan siempre por aquellos que se supone que saben o entienden la Biblia, pero lamentablemente es así.

En la salida del pueblo hebreo de la cautividad en Egipto, Aarón y sus hijos fueron elegidos por el Señor para el sacerdocio; y esto no les gustó a varios levitas y ancianos. Podemos notar que históricamente esto siempre ha sido así. Es bastante común el menosprecio hacia las personas que Dios elige para una misión determinada y lo digo con conocimiento de causa.

En este caso y demostrando una vez más su misericordia y sus ideas creativas, Dios propone una extraña manera de demostrar quiénes eran en realidad sus escogidos para el sacerdocio. Le ordenó a Moisés que le dijera a cada uno de los jefes de tribu, que trajeran una vara con su nombre escrito en ella. En total, tenían que ser doce varas, una por cada una de las tribus, llevarlas al santuario y ponerlas ante el arca del pacto. Luego le dijo que en la vara de Leví debían escribir el nombre de Aarón.

“Y florecerá la vara del varón que yo escoja, y haré cesar de delante de mí las quejas de los hijos de Israel con que murmuran contra vosotros”

Números 17:5

El Señor, quería dejar bien en claro a quien había escogido para el sacerdocio, por eso nadie debía tocar esas varas, sino que debían dejarlas en un lugar muy específico, en el tabernáculo, y frente al Arca del Pacto, para estar ante la presencia de Dios. Eran en total doce varas, mismo lugar y mismo tiempo, pero sabemos lo que ocurrió, una sola fue la que floreció.

“Y aconteció que el día siguiente vino Moisés al tabernáculo del testimonio; y he aquí que la vara de Aarón de la casa de Leví había reverdecido, y echado flores, y arrojado renuevos, y producido almendras”

Números 17:8

¿Por qué motivo sólo floreció una? Evidentemente Dios hizo el milagro para demostrar cuál era Su voluntad del modo más precioso que se le pudo ocurrir. La vara estaba muerta, del mismo modo que un tronco muerto. Era biológicamente imposible que algo así no sólo reverdeciera, sino que floreciera, echara renuevos y después frutos. Pero así sucedió con la vara de Aarón.

Todo en esta historia tiene su porqué y su orden determinado. A Dios no se le escapa nada, y si en aquel entonces quiso dejar bien claro que el elegido para el sacerdocio era Aarón y sus hijos, también dejó claras unas cuantas cosas para nosotros hoy.

Cuando Moisés miró la vara de Aarón, había un orden con mucho significado, primero reverdeció; luego floreció; más tarde había echado renuevos, y en último y maravilloso lugar había dado fruto, el delicioso fruto del almendro dulce y maduro.

El hecho de reverdecer nos habla de resurrección. Nada puede salir de algo seco y muerto, pero había algo como un imposible, nació de nuevo la vida. En segundo lugar, floreció; la belleza incomparable de la flor del almendro nos

habla de una serie de características que tienen que venir como resultado de una vida renovada, lo cual es simplemente inevitable.

En tercer lugar, echó renuevos; esto nos habla de fertilidad, y luego dio fruto. En este caso alguna versión apunta a que las almendras eran dulces y maduras, me quedo con eso. El fruto es simplemente lo que demuestra lo que somos, y aquella vara tomada y resucitada por el mismo Dios, dio un delicioso fruto propio de una vara muy especial tocada por la mano de Dios con Su Espíritu.

“Entonces los hijos de Israel hablaron a Moisés, diciendo: He aquí nosotros somos muertos, perdidos somos, todos nosotros somos perdidos. Cualquiera que se acercare, el que viniere al tabernáculo de Jehová, morirá. ¿Acabaremos por perecer todos?”

Números 17:12

Al final del pasaje y con los resultados a la vista, los murmuradores, viendo lo que el Señor había hecho, clamaron con temor y aquí también nos queda una gran enseñanza, porque la respuesta a la temerosa pregunta que hicieron es: ***Sí... Todos debemos morir...*** El día llegaría cientos de años después, cuando Cristo nos llevó a la cruz, para que no estemos murmurando, ni creyendo que estamos en condiciones de servir a Dios sin haber renacido.

En la vida de Reino, sólo se puede dar fruto después de la resurrección, después de haber recibido la vida de Cristo,

sólo Él puede producir reverdecimiento, nuevas flores, renuevos y producir frutos.

“Yo soy la vid y ustedes son las ramas. El que permanece en mí, como yo en él, dará mucho fruto; separados de mí no pueden ustedes hacer nada”

Juan 15:5 NVI

Ser cristiano es seguir a Jesús, caminar sus caminos, pensar como Él, amar como Él. Sin una comunión profunda con el Espíritu Santo, sin una vida de oración contemplativa, sin una responsable y madura meditación de la Palabra, es imposible seguirle como Él se merece, y mucho menos actuar como Él. Por eso el mensaje de permanecer en Él es imprescindible. Porque es Su vida a través de nosotros lo que el mundo necesita.

“Y después de que hayáis sufrido un poco de tiempo, el Dios de toda gracia, que os llamó a su gloria eterna en Cristo, El mismo os perfeccionará, afirmará, fortalecerá y establecerá. A Él sea el dominio por los siglos de los siglos. Amén”

1 de Pedro 5:10 y 11

Dar frutos para Dios, en el Reino significa manifestar a Cristo y no podemos hacer eso sin la revelación de la cruz. Es por eso que algunos no comprenden la vida cristiana. Piensan que si creen en Dios todo les tiene que salir bien; sin embargo, puede que sea al revés, que viviendo todo lo contrario disfrutemos nuestra mayor victoria.

Los apóstoles comprendieron esta situación y por tal motivo alentaron a los cristianos del primer siglo, porque sabiendo que padecían persecución, fueron alentados a gozarse expresando a Cristo como su mayor gloria. Nadie se goza en la dificultad, al menos que haya descubierto un propósito superior y ciertamente ellos lo lograron. Cuanta falta haría en la Iglesia de hoy, que los hermanos pudieran descubrir la revolución de la cruz.

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”

Romanos 5:1 al 5

Hay un caso muy emblemático y profético, porque es una situación vivida en la época de los patriarcas, sin embargo, contiene una clara enseñanza para nosotros y es la vida de Jacob. Este hombre, hijo de Isaac, hijo de Abraham, fue un gran ejemplo de proceso divino. Jacob significa: “embustero, tramposo, suplantador” y el Señor lo procesó durante algo más de veinte años, para convertirlo en Israel, que significa: “príncipe de mi pueblo”.

Jacob no era malo, era muy trabajador y esforzado; el problema que tenía era que todo lo hacía con sus propias fuerzas. Él creía en Dios y también en su bendición, de hecho hizo hasta lo indebido para conseguirla. Sin embargo, todo lo procuraba con sus propias fuerzas y quería que Dios lo ayudara, pero no sabía depender de Él.

No sé si la historia de Jacob lo hace sentir un poco identificado, pero creo que Jacob tiene un poco de todos nosotros. Es muy común que hagamos las cosas con nuestras propias fuerzas y con la mejor de las intenciones. Sin embargo, cuando es así no dejamos que el poder de Dios se manifieste y por ende tampoco lo dejamos que se glorifique a través de nuestras vidas. Pablo dijo algo muy trascendente al respecto:

“Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo”

2 Corintios 12:9

Seguramente Dios ha tenido que tratar con alguno de nosotros con cierto rigor, llevándonos por sendas difíciles y dolorosas a fin de reducirnos a esta condición. En realidad, todo verdadero siervo de Dios tiene que sentir alguna vez ese debilitamiento del cual nunca se puede recuperar; y jamás volver a ser el mismo. Es lo que la Biblia considera la muerte del “yo”. Es decir, cuando comprendemos que no podemos

más, que somos débiles y nos humillamos, reconociéndolo, entonces sólo queda Cristo.

Cuando pasamos procesos la ley de la muerte puede operar generando crisis en nuestra vida natural, pero cuando esto ocurre descubrimos que Dios nos está haciendo experimentar el poder de la resurrección.

“De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará”.

Juan 12:24 y 25

Todas las personas de carne y hueso somos débiles, pero no todos somos conscientes de nuestra debilidad; debido a que algunos no tienen temor de Dios, sufren procesos demoledores. Una persona débil que ve el peligro huye o pide ayuda, porque es consciente de su limitación, pero el fuerte tiene grandes pensamientos sobre sí mismo y avanza creyendo que podrá. A estas personas el Señor les tiene que procesar, para que reconozcan que no es con sus fuerzas sino con el Espíritu y el poder de Dios (**Zacarías 4:6**).

He conocido casos de hermanos que son admirablemente fuertes, pero al final nunca permiten que Dios se glorifique en ellos. Todo lo hacen con sus propias fuerzas, incluso obran en el nombre de Jesús, pero no manifiestan a Cristo, porque no conocen el poder de la cruz.

Fue por la gracia de Dios que Jesús pudo vencer y ser un Cordero puro y sin mancha, por eso pudo probar la muerte por todos nosotros (**Hebreos 2:9 y 10**) y nunca ocultó su humana debilidad (**Hebreos 5:7**). Fue también a través de la debilidad de Pablo que la gracia de Dios se ha mostrado a muchos, porque él supo que era inadecuado para su tarea aun con todo su estudio teológico y su capacidad intelectual, por eso dijo tener todo por basura para ganar a Cristo (**Filipenses 3:8**) y reconoció la gracia en todo momento: *“Por la gracia de Dios soy lo que soy...”* 1 Corintios 15:10.

“Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo”

Gálatas 6:14

Si somos conscientes de nuestra debilidad, seremos también humildes y recibiremos gracia. Así nos volveremos fuertes en Dios, porque Su poder se perfecciona en nuestra debilidad. Pero también huiremos de todo y de todos los caminos que puedan atraernos al mundo y sus deseos, y seguiremos la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocamos al Señor (**2 Timoteo 2:22**).

El Señor quiere enseñarnos a depender de Él para caminar victoriosos en la vida. Debemos comprender que nuestros deseos carnales, nuestros pensamientos pecaminosos, procuran llevarnos fuera de la voluntad de Dios y su propósito. Él nos procesa, nos enseña y nos exhorta a no

dejarnos llevar por las pasiones del alma despojándonos de la vieja naturaleza.

“si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús. En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”

Efesios 4:21 al 24

Él nos manda a quitarnos lo terrenal, como quien puede quitarse una ropa o un vestido. Sencillamente nos manda a despojarnos del ser pecaminoso y carnal. Debemos voluntariamente renunciar a la antigua manera de vivir, en la cual fuimos rebeldes, contumaces, irrespetuosos, mundanos, groseros, fornicadores, perezosos, iracundos, peleadores, etc. Eso significa que rechazamos esa vieja naturaleza de nosotros y en verdad no deseamos volver atrás.

Es posible que antes de conocer a Dios, hiciéramos todas las cosas a nuestra manera y con nuestras propias fuerzas, pero ahora estamos en Cristo, debemos crucificar a esa vieja naturaleza independiente y vivir en la nueva naturaleza espiritual. Sujetos voluntariamente a la perfecta voluntad de Dios. Él nos ha dado de su Espíritu, por eso nos exige despojarnos del viejo hombre y hacer las cosas a su manera, dependiendo de Su poder.

“Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón...”

Efesios 4:17 y 18

El apóstol nos exhorta a no andar como los gentiles que caminan sin Dios. Ellos sólo procuran concretar sus planes bajo un entendimiento entenebrecido, ajenos a la vida de Cristo, por la ignorancia y la dureza que hay en sus corazones, ellos no tienen sensibilidad y son inútiles al propósito eterno, no glorifican a Dios y no pueden agradarlo.

Es lógico que esto ocurra con los que andan en oscuridad, y tal vez fue lógico para nosotros en los días de nuestra ignorancia, pero ahora hemos recibido la gracia salvadora, el poder de la Luz y el Espíritu del Señor para vivir conforme a Su voluntad. No tenemos excusa, debemos asumir nuestra posición y tomar por el sendero de la cruz.

Cuando un hijo de Dios no cambia, y en lugar de evidenciar a Cristo sigue actuando como un carnal, es porque no está reconociendo su condición, no está anhelando ser como Jesús, o simplemente no está comprendiendo como se aplica la cruz en su vida diaria. Pablo no deja al Espíritu Santo, la responsabilidad de la entrega, nosotros debemos determinar.

“Si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús. En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”.

Efesios 4:21 al 24

Nosotros hemos recibido al Espíritu Santo que nos capacita, andamos en luz y conocemos la verdad. Si aprendimos, si oímos, si recibimos entendimiento, sólo debemos obedecer, debemos renovarnos en el espíritu de nuestra mente. Cuando no enfrentamos el camino de la cruz no hay revolución contra la vieja naturaleza. No importa cuánto la despreciemos seguirá manifestándose, y Pablo dijo **“despojaos”**, no dijo el Señor los despojará.

“Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros. Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo. El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad. Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes. Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención. Quitense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes

***sed benignos unos con otros, misericordiosos,
perdonándoos unos a otros, como Dios también os
perdonó a vosotros en Cristo”.***

Efesios 4:25 al 32

Debemos desechar la mentira y hablar la verdad, podemos enojarnos pero no debemos pecar prolongando el enojo y dando lugar al diablo. Debemos trabajar honestamente, debemos hablar correctamente, no debemos contristar al Espíritu Santo, debemos evitar toda amargura, enojo, ira, gritería, maledicencia, y malicia. Debemos perdonar a todos los que nos ofendan y volvernos inofendibles.

En muchas congregaciones suele haber este tipo de manifestaciones carnales, nos cuesta mucho como hijos de Dios, convivir y trabajar en la comunión del Espíritu, sin pleitos, divisiones o contiendas. Es por este mal, que no estamos causando una revolución en el mundo. Es necesario primero la revolución de la cruz en nuestras vidas, y entonces sí, el mundo verá la manifestación de Cristo.

Este diseño del Señor es maravilloso y nos conduce indefectiblemente a la gracia total. Si alguien piensa que puede vivir la vida cristiana con sus propias fuerzas, con sus propios méritos, en su propia justicia, está totalmente equivocado y es un triste religioso. Si alguien piensa que puede controlar o educar a la vieja naturaleza es porque no se le ha revelado el camino de la cruz.

La verdad es que los religiosos raramente comprenden la cruz. Se les reveló el sacrificio de Cristo y también consideran tomar la cruz como sacrificio personal, pero no comprenden la aplicación de la misma. No comprenden la gracia que se desprende de una obra consumada y una vida sujeta a la voluntad y el poder del Espíritu Santo.

Los religiosos se sienten bien creyendo que sus obras son claves y que ellas pueden hacerlos justos delante de Dios. Ellos creen tener mérito en la justificación. Creen que el despojarse del viejo hombre es el resultado de sus capacidades y no es así. Despojarnos del viejo hombre es creer en la cruz y depender del Espíritu Santo y su poder de resurrección en nosotros. Es gracia y eso es demasiado fácil para ellos, por lo cual, el mensaje de la cruz, en la dimensión de la gracia no les agrada.

“Por lo que a mí respecta, hermanos, si todavía insistiera en que los creyentes se circunciden, los judíos no me perseguirían, ya que en ese caso el mensaje de la cruz de Cristo no los ofendería. En cuanto a esos que os andan perturbando, ¡ojalá se castren de una vez!

Gálatas 5:11 y 12 DHH.

La religión cree en el hacer del hombre, por eso los judíos insistían en seguir con algunas prácticas de la ley. Por el contrario, la cruz mata al hombre y sus capacidades metiéndonos en el nuevo ser que es Cristo. La salvación, la regeneración, la sustitución, la redención, y la santificación, tal como hemos visto, son la obra de Jesucristo, la revelación

de Su obra consumada y la aplicación de la cruz en nuestra vida es lo que hace posible nuestro avance hacia la plenitud de vida. ¡Solo de Él y para Él sea la Gloria!

“Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo; el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que sólo piensan en lo terrenal.

Filipenses 3:18 y 19

La cruz revelada es el portal a la vida de Reino. Hasta la cruz del Calvario, Cristo estaba con los discípulos, después de la cruz, Cristo pudo entrar por Su Espíritu para estar en los discípulos, y no solo en ellos, sino en todos los renacidos. Una vez que Cristo entra por el mensaje del Reino, comienza a llevarnos hacia nuestra propia cruz, haciendo posible lo que para nosotros es imposible.

Recibir la vida del evangelio, que es la simiente divina. Recibir al Espíritu Santo, dejándonos guiar es lo que nos conduce a nuestra propia muerte, para entrar en la vida de resurrección, y es esa vida de resurrección la que nos lleva a la plenitud de Cristo y su manifestación al mundo. Esa es la revolución de la cruz.

“Dios les dio nueva vida, pues los resucitó juntamente con Cristo. Por eso, dediquen toda su vida a hacer lo que a Dios le agrada. Piensen en las cosas del Reino, donde Cristo gobierna a la derecha de Dios. No piensen en las

cosas de este mundo. Pues ustedes ya han muerto para el mundo, y ahora, por medio de Cristo, Dios les ha dado la vida verdadera. Cuando Cristo venga, también ustedes estarán con él y compartirán su gloriosa presencia”

Colosenses 3:1 al 4 VLS.



Capítulo diez

LA REVOLUCIÓN DE LA IGLESIA

Oswaldo Rebolleda

“Éste es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”

1 Juan 1:5 al 7

El poder de la cruz, no funciona sólo para tener al Señor, vimos que sirve para dimensionarnos a la vida de resurrección, para meternos al propósito eterno, para dar fruto, para sacarnos del sistema del mundo y para ser miembros del cuerpo de Cristo. Esto implica coordinar y tener comunión con otros miembros del Cuerpo, lo cual es todo un desafío.

Por un lado, podemos ver a nuestros hermanos y hermanas sólo como los miembros de la familia de Dios, y está bien, sin embargo también somos miembros del cuerpo

de Cristo, lo cual implica mucho más que el afecto y una buena relación. Implica por sobre todo una verdadera comunión espiritual.

Los miembros no pueden estar dislocados, sino que deben estar unidos y debo confesar que el enemigo ha hecho un buen trabajo para dividirnos. La unión entre los miembros tiene como fin una buena coordinación y ésta, a la vez, es la que permite una plena manifestación de Cristo.

Deseamos servir al Señor y debemos reconocer que no podemos hacer nada separados de Él. Pero tampoco podemos hacer nada separados de los miembros de Su cuerpo y debemos considerar que tan sólo separarnos de un miembro nos separa de todo el cuerpo.

“...Y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí...”

Gálatas 2:20

El secreto de la coordinación es permanecer en la cruz. La coordinación debe manifestar el hecho: ***“ya no... yo”***. Siempre que usted o yo estemos presentes no habrá coordinación, pero si nos rendimos a la vida de Cristo tendremos comunión unos con otros. La revolución de la cruz es lo que genera la verdadera unidad del cuerpo.

Las muchas divisiones y los desacuerdos que hay hoy en día en la iglesia son el resultado del gran ego de aquellos que creen tener una iglesia. Por eso muchos dicen “mi iglesia” o “No nos juntamos con esa iglesia”, pero en realidad

ningún hombre en esta tierra tiene una iglesia excepto Cristo, Él fue el único que murió para tenerla. Hay muchos pastores que creen tener una iglesia y creen que es de ellos, por eso la manejan con autoritarismo. No comprenden que están cometiendo adulterio espiritual, porque la iglesia es de Cristo, no de ellos.

Es decir, algunos pueden llegar a tener salones de reunión, gente que sirva, nombres destacados o eventos internacionales, pero eso no es necesariamente una iglesia. Pueden los hombres crear instituciones, pueden actuar como dueños o jefes, pero en realidad, ninguno puede tener un organismo vivo y la iglesia no es una institución religiosa, sino un organismo vivo.

Hay algunos apóstoles que dicen tener varias iglesias bajo su mando y de todos exigen obediencia, sujeción, honra y recursos. Ellos imponen su nombre institucional, sus mensajes, sus sistemas de trabajo, sus manuales, su música y castran el potencial de todo pastor que opera bajo su manto. Ellos dicen ejercer paternidad, pero al final operan como si fueran papas evangélicos a quienes hay que besarle el anillo y rendirle pleitesía.

Un padre espiritual está al servicio de sus hijos y no impone sus métodos o capacidades, sino que lo entrega todo para potenciar las capacidades de sus hijos. Un padre espiritual trabaja para sus hijos y no al revés. Estos supuestos padres apostólicos dividen el cuerpo de Cristo, porque enseñan a no juntarse con otros, a no participar de otros

eventos que no sean los de ellos, a que no escuchen otros mensajes ni utilicen otros métodos, o que ni aun escuchen música de otros ministerios. Todo esto es un disparate. Evidentemente hace falta la cruz.

Hay algunos que son líderes de un sector o líderes de células y aun así ya se enaltecen y especulan. Tratan de impartir sus ideas y terminan murmurando, causando conflictos, compitiendo o simplemente captando la atención de muchos, para abrirse su propia congregación.

También hay hermanos que recorren iglesias y no se sujetan a ninguna en particular. Según ellos, todos los líderes están equivocados, no tienen amor, no los reconocen, no les dan lugar, no los visitan o no enseñan como a ellos les gustaría. Hay algunos que no se sujetan a nadie, miran videos por YouTube y creen que pueden obtener a través de los medios la iglesia que ellos desean. Tienen un ego que necesita imperiosamente ser crucificado.

Claro, es muy fácil decir que están bien con el Señor, pero no se congregan en ningún lado. Hacen culpables de eso a terceros, pero en realidad, con sus actitudes, sólo están revelando que tienen un profundo problema de orgullo.

Hay que tomar la cruz para estar en sujeción. Hay que tomar la cruz para ocuparse de otros desinteresadamente. Hay que tomar la cruz para servir sin ser reconocidos. Hay que tomar la cruz para escuchar un error en un líder y no criticarlo todo. Hay que tomar la cruz para no procurar en la

tierra la iglesia perfecta. Todos esos que critican, que dividen y que pleitean, son personas con un ego gobernante y no están dispuestos a humillarse y someterse al Señor.

La revolución de la cruz, debe matarnos a todos de una vez por todas, para que le devolvamos al Espíritu Santo el gobierno de la Iglesia y su funcionamiento. La Iglesia no debe funcionar bajo potencial humano sino divino. La Iglesia no necesita líderes autoritarios ni miembros cargados de voluntarismo. La Iglesia es el cuerpo de Cristo y debe manifestar Su vida, no la nuestra. Solo la cruz nos permitirá fundirnos en Él para dar verdadero fruto de justicia.

Jesús no tuvo los discípulos perfectos, eran casi un desastre, su entorno nunca fue favorable, las críticas le llovían, muchos complotaban para matarlo, su familia lo criticaba y no lo reconocía, sin embargo, nunca lo vemos quejándose, criticando, murmurando o pleiteando con ellos, al contrario, los amó, simplemente los amó y se necesita morir al ego para expresar ese amor.

La iglesia debe funcionar bajo una misma mente y un mismo parecer, lo cual hace totalmente necesaria la cruz, porque sólo la muerte de las razones humanas es lo que abre paso a la mente de Cristo.

“Completad mi gozo, tened todos el mismo pensamiento, con el mismo amor, unidos en el alma, teniendo este único pensamiento”

Filipenses 2:2

Cuando Cristo murió en la cruz del Calvario dijo algunas palabras claves para comprender la redención que estaba produciendo en el mundo espiritual. Y creo que nos haría muy bien recordar esas palabras para aplicar esos principios redentivos en la iglesia de hoy.

***“Y Jesús decía: Padre, perdónalos,
Porque no saben lo que hacen”***

Lucas 23:34

El Señor quiere una Iglesia que sea de perdón para con todos, sin rencores y sin críticas. Sus palabras fueron ***“Perdónalos porque no saben lo que hacen...”*** Jesús miró desde la cruz a una escena que debió de ser angustiada para Él. Los soldados romanos estaban apostando por su vestimenta (**Juan 19:23 y 24**); uno de los criminales en la cruz de al lado de Él lo estaba insultando (**Mateo 27:44**); los líderes religiosos se burlaban de Él (**Mateo 27:41 al 43**); y la muchedumbre lo blasfemaba (**Mateo 27:39**). Rodeado de este cuadro indigno, Jesús exclamó por ellos al Padre, con una expresión de inigualable misericordia y amor.

Por supuesto, la oración de Jesús fue respondida en la vida de muchas personas. Muchos creyeron cuando lo estaban crucificando, los discípulos fueron visitados por el Cristo resucitado y poco más de un mes después tres mil personas en Jerusalén fueron salvas en un día (**Hechos 2:41**). Así comenzó la iglesia, como resultado del perdón. Sería extraordinario que no olvidáramos eso y que podamos ser hijos de Dios sin rencores contra líderes, hermanos,

familiares o personas que puedan habernos dañado. No importa lo mal que hayan actuado, al final ésa es la idea del perdón divino: ***“Que no saben lo que hacen...”***

En la cruz Jesús proveyó perdón para todos aquellos que quisieran creer en Él (**Mateo 20:28**). Además pagó el castigo por los pecados que cometimos en nuestra ignorancia, e incluso por los pecados que cometimos deliberadamente. ¿Nosotros, sin haber pagado nada y recibiendo todo por gracia inmerecida, estaremos dispuestos a perdonar?

“Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”

Lucas 23:43

Jesús no solo pidió perdón para todos los que estaban atacando su vida, sino que, a pesar del dolor, extendió gracia sobre un ladrón que estaba siendo crucificado a su lado. Es difícil comprender una gracia así. Este ladrón fue el último compañero de nuestro Señor en la tierra y fue su primer compañero en las puertas del paraíso ¿Alguien podría imaginar una elección como ésa?

El problema de la iglesia de hoy, es que habiendo nacido de ese Cristo de gracia, se ha llenado de líderes sin gracia, que se olvidaron de cuando fueron pecadores y ahora que tienen un ministerio, que usan traje y corbata, se creen con la autoridad para rechazar gente, juzgar gente o calificar gente, según la medida del pecado, por supuesto analizando todo bajo sus piadosas interpretaciones bíblicas.

Ojalá recordemos este hecho y las palabras del maestro. Ojalá dejemos de calificar o juzgar a los pecadores, porque al Señor le llamaban **“Amigo de pecadores”** y algunos líderes de hoy parecen haber perdido ese título tan extraordinario.

“Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre:

Mujer, he ahí tu hijo.

Después dijo al discípulo: He ahí tu madre.

Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa”

Juan 19:26 y 27

Estas palabras de Jesús en la cruz son para la iglesia de hoy, muy significativas, porque el Señor necesita una Iglesia que vaya más allá de los vínculos familiares. ¿A qué me refiero con esto? Bueno, hoy hay muchos cristianos que están extremadamente preocupados y afanados con sus propias familias. Y ciertamente es lógico que así sea. Sin embargo, si descansamos en el Señor seremos más efectivos haciendo lo que debemos y muriendo a las emociones del alma, porque de esa manera les provocaremos mayores beneficios a todos.

Jesús no pensó como hijo cuando dijo esa frase a su discípulo y a María. Si analizáramos a Jesús como hijo, tal vez debió bajarse de esa cruz, al ver sufrir desgarradoramente a su madre. Sin embargo, era conveniente, incluso para ella, que Él se quedara en esa cruz.

Los cristianos seremos mucho más efectivos con nuestras familias si en lugar de procurar resolver todo conflicto y tratar de salvar a nuestros hijos, nos enfocáramos sólo en el Señor y su justicia, porque eso haría que Él pudiera obrar de manera más efectiva. Parece difícil poder resolver problemas sin preocuparnos tanto, pero el Reino funciona por fe, no por preocupaciones.

Si nos enfocamos en el Señor y crucificamos nuestros sentimientos almáticos, haríamos que el grado de unción operativa sea mucho mayor y de esa manera romperíamos verdaderos yugos de opresión. Jesús no les explicó demasiado a sus hermanos de sangre, tampoco se bajó de la cruz para que no sufriera su madre, pero al final los terminó salvando a todos y eso es lo trascendente.

“Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”

Mateo 27:45 y 46

Esta frase de Jesús enseña a la Iglesia a enfrentar los secretos del desierto, del dolor, de los procesos y de la soledad. Hoy pareciera que nadie está dispuesto a sufrir y si algo sale mal ya se están cambiando de congregación o buscando los motivos en el infierno.

Jesucristo nos enseña que aun en la noche más oscura, en el momento de mayor dolor, en el desconcierto más grande de nuestra vida, debemos aprender a confiar. Él

padeció la cruz, pero hoy está sentado en el Trono a la diestra del Padre y por toda una eternidad. Él nos enseña a superar, a no rendirnos y a tener la certeza de que todo pasa y que por más solos que podamos sentirnos, por más grande que sea nuestro dolor, debemos confiar, porque la victoria simplemente vendrá.

“Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliese:

Tengo sed”

Juan 19:28

Con estas palabras Jesús nos enseña a ser una Iglesia sedienta de justicia. La sed de justicia se debería despertar hoy en la iglesia de manera inmediata, tan solo por la forma en que los medios exponen al mundo. Hoy podemos estar comiendo en nuestras casas mientras contemplamos a pequeños niños muriendo de hambre con las moscas en la cara. Por supuesto, como no nos gusta esa imagen, preferimos cambiar de canal y mirar un partido de fútbol, con jugadores estrellas que cobran quinientos millones de euros por año para pegarles a la pelota.

Hoy se mezclan todas las injusticias en una pequeña pantalla. Vemos el hambre, la muerte, la guerra, la maldad, la violencia. Una iglesia de Reino no puede ignorar este termómetro espiritual. Ante un mundo plagado de injusticia, debemos clamar por justicia.

Jesús pidió agua en esa cruz, su grito **“Tengo sed”**, refleja también la preocupación de Jesús por el despojo de los pobres, de los excluidos, de los hambrientos que, a su vez, son sedientos. No tienen agua potable y limpia y beben de contaminados canales hasta morir. Tienen sed. Mueren uniéndose al grito de Jesús y la iglesia debe reaccionar.

Hay demasiada gente gritando su sed de justicia y la iglesia es la única que tiene acceso al Juez Todopoderoso, debemos acercarnos a sus cortes celestiales y reclamar por el agua de vida para este mundo.

“Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu”

Juan 19:30

Jesús dijo: **“Consumado es...”** Con estas palabras, nos enseña a ser una Iglesia con propósito. Debemos tener una mentalidad de propósito eterno y caminar en los diseños de Dios, para poder decir algún día, al igual que nuestro maestro, **“Consumado es...”**

La palabra propósito fue recobrada en la iglesia en los años ochenta. Antes de eso, nadie hablaba de propósito acá en la tierra, todo apuntaba a la vida eterna y nada más. Sin embargo, la palabra propósito sembró en los cristianos una mentalidad de misión, una mentalidad de tarea asignada en esta tierra y eso fue muy bueno.

El problema de la palabra propósito es que se predicó propósito personal y nosotros debemos entender que no tenemos un propósito personal o individual, eso según la Biblia son planes. El propósito es uno solo y es en Cristo. No hay propósito fuera de Él, Su propósito es corporativo y de Reino.

Hoy hay demasiados cristianos queriendo concretar sus planes personales, pero están ajenos al propósito eterno de Cristo. Al final, muchos de ellos edificarán casas, formarán familias, desarrollarán empresas exitosas, alcanzarán resultados, pero puede que no caminen jamás en el propósito eterno de Dios.

Jesucristo no estaba consumando una obra personal, estaba muriendo en esa cruz por todos nosotros. Si era por Él, la cruz no debió ser parte de sus planes, sin embargo él determinó propósito y por amor lo consumó. Ojalá nosotros podamos aprender en este tiempo a enfocarnos en Su propósito eterno y no en nuestros planes terrenales.

Esto no deja fuera nuestra recompensa. Caminando en el propósito eterno nunca se pierde. Jesús murió por todos nosotros y no se enfocó en su éxito personal, sin embargo el Padre le dio un nombre sobre todo nombre y le puso en máxima autoridad sobre toda la creación. Si nosotros nos enfocamos en Su propósito, Él se ocupará de nuestra recompensa.

“Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo:

*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.
Y habiendo dicho esto, expiró”*

Lucas 23:46

Estas últimas palabras, nos enseñan a ser una Iglesia totalmente entregada al gobierno de Dios. Vivir Reino no es simplemente gobernar, es ser gobernados para funcionar con autoridad. La revolución de la cruz se produce en la revelación de nuestras flaquezas, por eso, no pretendo ser negativo al observar la Iglesia, yo amo al Señor y amo a la Iglesia, solo que necesito tomar esta posición para señalar los cambios que necesitamos de cara a los tiempos que se vienen. Yo la llamo Iglesia preciosa, y así la veo en fe, pero debemos estar claros de la necesidad que tenemos de la cruz revelada.

Cuando como iglesia hacemos las cosas bajo el gobierno de Dios, cuando nos negamos a nosotros mismos y cuando tomamos ejemplo del maestro Jesús, no nos queda otro destino que reinar con autoridad y con poder. Salir de la mediocridad es el camino de la cruz. La revelación de la obra consumada de Jesucristo nos despierta gran alabanza, pero la cruz aplicada a nuestra vida, nos despierta el potencial.

Debemos aprender que sólo después de la cruz se manifestó el Cristo resucitado y de la misma manera después que la Iglesia toma su cruz podrá manifestar el cuerpo de Cristo con toda plenitud, porque sólo después de la muerte viene el poder de la resurrección.

Morir puede doler, porque es perder, es sufrir, es despedir, pero después de la cruz vinieron todos los beneficios sobre Jesús y la iglesia debe aprender los misterios de la cruz. Como iglesia, simplemente, nos conviene la cruz.

Después de la cruz se rasgó el velo del templo (**Mateo 27:51**), si como iglesia aceptamos la cruz, se abrirá la revelación como nunca antes en la historia.

Después de la cruz resucitaron un montón de muertos que salieron de sus tumbas (**Mateo 217:52**). Si como Iglesia aceptamos nuestra cruz, provocaremos un avivamiento de resurrección como nunca antes hemos visto, habrá una impartición de vida sobre grandes multitudes.

Después de la cruz vino el poder, porque Jesús tomó gobierno sobre todo principado, potestad y señorío (**Efesios 1:21**). Si como iglesia aceptamos nuestra cruz, veremos manifestado un poder tan grande, que las tinieblas de muchas ciudades simplemente retrocederán.

Después de la Cruz le fueron otorgadas todas las riquezas a Cristo (**Apocalipsis 5:12**). Si como Iglesia comprendemos esto y aceptamos nuestra cruz, se desatarán riquezas como nunca antes, porque muchas de esas riquezas hoy están retenidas hasta que matemos toda ambición y vanidad sin propósito (**Proverbios 13:22**). Solo la cruz puede matar eso.

Después de la cruz, Jesús se sentó en el trono en los lugares celestes (**Marcos 16:19**). Si comprendemos esto como iglesia y aceptamos tomar nuestra cruz, negando y derribando fortalezas, argumentos y altiveces, el Reino vendrá con un poder que nunca antes hemos visto o experimentado (**Efesios 1:3**). Después de la cruz manifestaremos el Reino con verdadera efectividad, porque no hay poder sin cruz, y no habrá en nosotros una revolución de la cruz, sin rendirnos voluntariamente.

“Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios”

1 Corintios 1:18



RECONOCIMIENTOS

Oswaldo Rebolleda:

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Rodolfo Arnedo:

Al que me inspira, me direcciona, me guía, me da revelación y me contiene. **¡Gracias Espíritu Santo!**

A mi esposa Ginesa que hace 46 años que juntos peleamos todas nuestras batallas.

A mis hijas Raquel y Natalia, mis yernos Darío y Mosisés, y mis cuatro nietos, Jaaziel, Lisette, Mateo, y Anette.

A mis consiervos y hermanos en la fe, por todo lo que me enseñaron, y me siguen enseñando aún.

Al Apóstol Osvaldo Rebolleda, compañero de milicia, maestro, pastor, y amigo personal. Agradecido y honrado de poder compartir las páginas de éste libro.



Para la realización de este libro, hemos tomado muchos versículos de la Biblia en diferentes versiones. Así como también hemos tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros escritos de referencia. Lo hacemos con libertad y no detallamos cada una de las citas, porque tenemos la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, justamente son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamamos la autoría o el derecho de nada. Este libro se podrá bajar gratuitamente en la página www.osvaldorebolleda.com y en cualquier otra plataforma que determine compartirlo. Todos lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Maestro

Oswaldo Rebolleda



El maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de
Gobierno espiritual (EGE)
Y ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

Apóstol
Rodolfo Arnedo



El Apóstol Rodolfo Arnedo, es Bachiller en Teología, con 25 años de experiencia en la labor ministerial pastoral, magisterial, y apostólica. Junto a su esposa iniciaron cinco obras desde el living de una casa, y levantaron 19 matrimonios al ministerio pastoral.

Actualmente lleva sus prédicas y enseñanzas a diferentes lugares e iglesias.

Tiene un programa radial muy escuchado los días miércoles a las 10 y 30 hs en F.M. Manantial de Vida Caleta 90.5

Caleta Olivia Santa Cruz. Programa titulado:

A la luz de la Palabra.

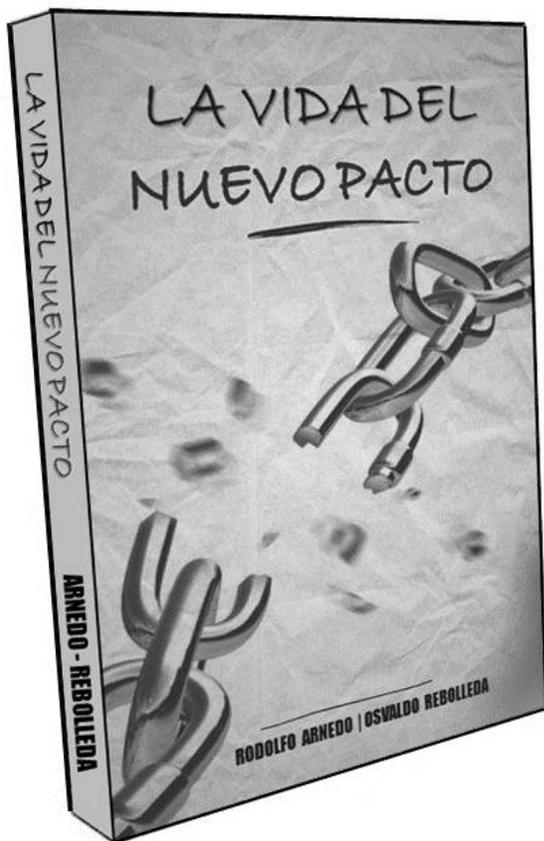
Es esposo, padre de dos hijas y cuatro nietos.

Este libro de *Rodolfo Arnedo* y *Oswaldo Rebolleda*

También puede ser bajado gratuitamente

Desde la página www.osvaldorebolleda.com

Y desde cada plataforma que determine compartirlo, la idea es bendecir a todo el pueblo de Dios.

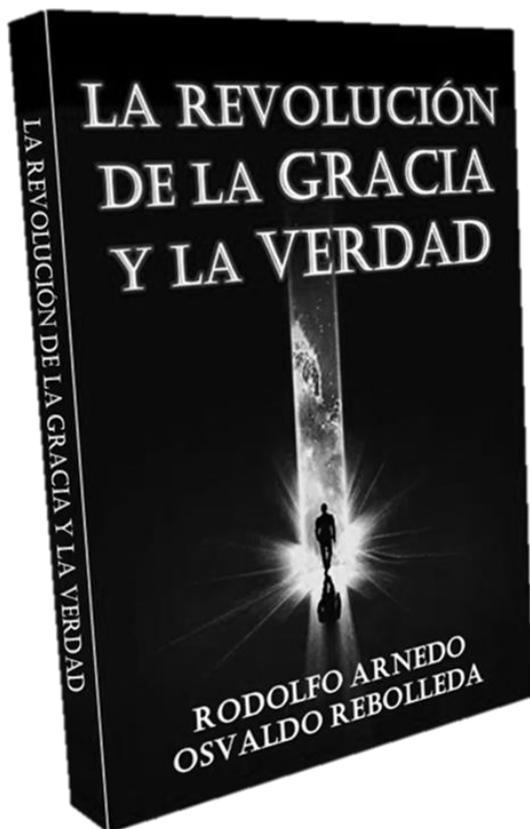


Este libro de *Rodolfo Arnedo* y *Oswaldo Rebolleda*

También puede ser bajado gratuitamente

Desde le página www.osvaldorebolleda.com

Y desde cada plataforma que determine compartirlo, la idea es bendecir a todo el pueblo de Dios.



Este libro de *Rodolfo Arnedo* y *Oswaldo Rebolleda*

También puede ser bajado gratuitamente

Desde le página www.osvaldorebolleda.com

Y desde cada plataforma que determine compartirlo, la idea es bendecir a todo el pueblo de Dios.

